



# MEMORIAS DEL HERMANO XAVIER

# MEMORIAS del HERMANO XAVIER 1801 - 1861

Introducción,  
elaboración del texto  
y notas  
por

**Hermano Jean-Pierre Ribaut, S.C.**

Traducido del francés por el Hno. José Luis Gómez, S.C.

Hermanos del Sagrado Corazón  
Casa General, Roma, Italia

Original francés en el *Annuaire de l'Institut des Frères du Sacré-Cœur*,  
nº 89, 1994-1995.

## Memorias del Hermano Xavier sobre los comienzos de la congregación

La Biblia nos cuenta que, al regreso de la cautividad de Babilonia, Nehe-mías hizo reconstruir las murallas de Jerusalén al mismo tiempo que combatía a los enemigos que comenzaban a poner sitio a la ciudad; a la vez, se preocupaba de reunir los libros que hacían referencia a los reyes y a los profetas y de archivar los principales acontecimientos de esa nueva era. El hecho es digno de ser resaltado y de ponerlo como ejemplo, ya que, en general, tanto los héroes de la historia como los artífices de numerosas empresas, se preocupan más del final feliz de sus campañas que del informe que en ese momento podía ser redactado. Así sucede con algunas congregaciones religiosas en sus orígenes. Los caminos del Señor son tan imprevisibles, los primeros pasos son, a veces, tan desconcertantes, que los protagonistas, llevados por la acción, no se toman apenas tiempo para redactar su andadura por escrito, y cada uno de nosotros sabe, en qué tanto por ciento la tradición oral, tan preciosa por otra parte, es dudosa.

Los Hermanos del Sagrado Corazón no escapan a esta regla. A menudo les gustaría conocer mejor el pensamiento de su fundador; lamentan tanto más amargamente la desaparición de ciertos documentos cuanto que, indirectamente conocen su existencia, pero no el contenido. Miran con envidia a esas congregaciones que, con orgullo, enarbolan en quince volúmenes, los escritos de su fundador... Sin embargo, poseen un precioso relato, a menudo evocado aunque, en definitiva, mal conocido, que les informa sobre sus orígenes: las *Memorias* del Hermano Xavier cuyo manuscrito se conserva en los archivos generales de Roma.

El Hermano Stanislas, a quien todo trabajo sobre la historia comunitaria debe un justo tributo de agradecimiento, no se ha cansado de subrayar todo el interés que este documento merece:

Sobre los primeros años de la existencia de nuestro Instituto, tenemos las *Memorias* del Hermano Xavier, nuestro primer Hermano: documento de suma importancia que nos cuenta la historia de los comienzos hasta en sus más mínimos detalles. (*Superiores Generales, 1821-1859*, Roma, 1972, pág. 12).

El testimonio de este pionero constituye uno de los documentos claves de nuestra historia, esencial para el conocimiento de nuestros orígenes; por lo que nos ha parecido útil ponerlo a disposición de todos, en una edición crítica que haga al texto accesible y facilite su comprensión. Pero, sin duda, no estará de más recordar a grandes rasgos la vida de su autor antes de presentar el manuscrito y de estudiar sus principales aspectos.



Como en el caso de muchos de nuestros primeros Hermanos, la vida del Hermano Xavier es mal conocida. Guillaume Arnaud nace el 16 de abril 1801 en La Rochette (Hautes-Alpes), una pequeña aldea que sus padres, Joseph Arnaud y Marie Davain abandonan para establecerse en Ancelle, ayuntamiento más importante y vecino a Gap, capital de este departamento rural; viven como agricultores en esta localidad del cantón de Saint-Bonnet, próxima de La Motte-en-Champsaur, patria chica del Hermano Policarpo.

Aun cuando el Instituto no abrirá aquí nunca ninguna casa, a pesar de un proyecto concebido por el padre André Coindre poco antes de su muerte, este departamento de montaña nos dio, en los primeros años de la fundación, cuatro Hermanos, que dejarán su nombre y su impronta en nuestra historia. Si bien es verdad que el Hermano Cyprien (Victor Motte) permanece poco tiempo en comunidad, no obstante tiene el tiempo suficiente para darla a conocer al Hermano Policarpo y para preparar su admisión. El Hermano Xavier y el Hermano Bernardin están ligados a este cantón de Saint-Bonnet hasta el punto que han hecho del uno o del otro el "reclutador" de Hippolyte Gondre, a causa de su vecindad. Y, en fin, el Hermano Policarpo, cuya reputación de santidad se conserva en ese pueblo que lo vio nacer.

Hijo de sencillos agricultores, sin gran porvenir en las pendientes estériles del Dauphiné, Guillaume Arnaud abandona su tierra natal para dirigirse a Lyon, la gran ciudad que deslumbra tanto a los jóvenes deseosos de escapar de los rigores del clima como de la dureza de la condición campesina. Entra, al parecer, como aprendiz, en casa de la señora Besson, fabricante de seda, calle de Chartreux, cerca del Pieux-Secours.

El 18 de abril de 1820, el padre André Coindre le asocia a su nueva obra como vigilante de taller. Un año después, Guillaume Arnaud acepta ser el

primero de los Hermanos que el sacerdote quiere reunir en una familia religiosa para perpetuar la obra del Pieux-Secours. Esta precedencia y el título de "primer Hermano", jamás discutidos, le suponen en el Instituto un puesto peculiar. Es, por lo tanto, el decano de los diez pioneros que escalaron la colina de Fourvière en el alba del 30 de septiembre de 1821, uno de los tres que permanecerán fieles durante toda su vida junto a François Porchet, maestro del Pieux-Secours, y a Claude Mélinond, siendo igualmente los tres, los primeros miembros reclutados por el fundador.

Aun cuando este primer compromiso es de carácter privado y que la toma de hábito o la profesión pública, no tendrán lugar sino más tarde, el padre André Coindre da a sus discípulos un nombre de religión, signo palpable de su nueva condición; Guillaume Arnaud toma el nombre de Hermano Xavier, puesto bajo la protección de uno de los primeros compañeros de San Ignacio, intrépido evangelizador de regiones lejanas; esta influencia del fundador de los jesuitas sobre el padre André Coindre, que coloca sus diferentes comunidades bajo la regla de San Agustín y las constituciones de San Ignacio, se encuentra en los nombres dados a otros dos Hermanos: Ignace y Borgia; este último, como su santo patrono, es viudo y entrado tardíamente en religión, sin olvidar a Claudine Thévenet, que cambia su nombre por el de Madre Marie Saint-Ignace.

Este nuevo estado no conlleva para el Hermano Xavier ningún cambio notable en su empleo. Se encuentra de nuevo en el Pieux-Secours en compañía de los Hermanos Paul (François Porchet) y François (Claude Mélinond) bajo la autoridad inmediata del director general, el Hermano Borgia, del grupo de Valbenoîte. Las condiciones de su admisión, consignadas en el registro del personal, muestran la sinceridad de su proceder: declara querer "entregarse a la obra del Pieux-Secours, participar en la formación de la sociedad de Hermanos para que marche bien el taller de sedería, del que él será el encargado, y de los jóvenes que trabajan en el mismo como empleados". Toma oficialmente el hábito el 28 de octubre de 1824 y hace profesión, no el 14 de octubre del mismo año como sus compañeros de la fundación, sino solo, el 20 de noviembre de 1824 en la capilla de Monistrol, habiendo sido retenido en Lyon, al parecer para asegurar la buena marcha del establecimiento durante el retiro de los Hermanos. El capítulo general, reunido el 14



de octubre de 1824 en Monistrol, le nombra subdirector de los Hermanos y primer asistente del superior, lo que no parece conllevar obligaciones particulares hasta la muerte del fundador, el 30 de mayo de 1826.

Bajo el gobierno de su sucesor, el padre François Coindre, las cosas cambian. El Hermano Xavier, desde su puesto de la casa de Lyon, goza de una situación privilegiada para seguir de cerca las torpezas y las incongruencias de la gestión material del nuevo superior general. Desde 1832, valora la naturaleza y la amplitud de un mal que irá creciendo, "el mal de la piedra", que llevará, en distintas ocasiones, al señor Coindre y al Instituto al borde de la quiebra.

A partir de 1836, el Hermano Xavier, con el fin de restablecer la situación, sigue de cerca los problemas materiales. Desgraciadamente, los buenos propósitos del superior fracasan y la fundación se encuentra pronto con sesenta y cinco mil francos de deuda. Ante el peligro de bancarrota y más aún, de dispersión de los miembros de la comunidad que esta eventualidad trae consigo, la fidelidad del Hermano Xavier le inspira valor y temeridad:

Tenía siempre presentes en mi espíritu las enseñanzas de nuestro padre fundador.  
Yo quería salvar su obra al precio que fuera.

Obtiene del padre François Coindre la cesión de la propiedad del Pieux-Secours a la congregación, a cambio de la liquidación de sus deudas; con este fin e inducidos por el superior, forma una sociedad con algunos Hermanos, una sociedad civil susceptible de adquirir bienes. Ante la incertidumbre creciente del porvenir de nuestra obra lionesa, compra la propiedad de Paradis y estudia la posibilidad de establecer aquí el noviciado, pues sus preocupaciones no son simplemente materiales: la responsabilidad de la que se siente investido tras la salida del Hermano Borgia y la depresión del señor Coindre le llevan a preocuparse del futuro del Instituto. El noviciado, restablecido en Vals en 1836, vuelve a Lyon, antes de ser transferido a Paradis al año siguiente.

El padre François Coindre se da cuenta de que el Hermano Xavier, no contento con llamarle la atención por sus nuevos proyectos inmobiliarios, trabaja para proteger los intereses de la comunidad con una contabilidad independiente; se emprende entonces un combate decisivo del cual, él mismo en la redacción de sus memorias, nos cuenta los pormenores.

El superior decide presidir el retiro de 1840 en Paradis, reúne el capítulo y hace aprobar unos nuevos estatutos que le reservan el nombramiento de los asistentes; reemplaza enseguida al Hermano Xavier por el Hermano Policarpo, lo separa igualmente de los asuntos temporales nombrándole secretario general. La falta de estudios del Hermano le incapacitaba casi para esta función, al parecer asignada para privarle de la influencia directa sobre sus Hermanos y sobre la administración. El Hermano Xavier por lo menos logró convencer a los principales capitulares para que se pagase por adelantado la compra de Paradis con el dinero ahorrado a espaldas del padre Coindre.

Pero, todos están de acuerdo en que se ponga fin a esta situación que amenaza con comprometer, es decir hacer desaparecer el Instituto, como consecuencia de las operaciones absurdas del superior. Ya que se encuentra *in situ* y siempre en vanguardia, el Hermano Xavier se da cuenta mejor que nadie de la inminencia del peligro; además, el padre Coindre ha modificado notablemente las primeras condiciones de la venta del Pieux-Secours. El Hermano Xavier considera urgente la dimisión del superior cuando, de un momento a otro, peligra de ser declarado en quiebra. Hace gestiones, ante el cardenal de Bonald, arzobispo de Lyon desde 1840, el cual se había mostrado, durante su episcopado en Le Puy, muy complaciente con los Hermanos. El capellán de Paradis colabora en la resolución del caso e interviene para obtener la dimisión del señor Coindre, la cual se efectúa el 12 de septiembre de 1841.

¿El Hermano Xavier saldrá vencedor de este pulso? Aparentemente sí; tras algunos sobresaltos cuyos detalles nos cuenta con chispa, el Pieux-Secours desaparece, pero la obra queda a salvo. Renace bajo forma nueva, siendo él el promotor. Con todo, el Hermano Xavier será a su vez, víctima de su celo.

Cuando la congregación conoce una época de desarrollo y cuando el internado Sacré-Cœur de Lyon, que ha tomado el relevo del Pieux-Secours, recobra rápidamente una buena imagen, el padre Arnaudon, capellán de Paradis, pretende tomar el cargo de superior e intenta imponerse al Hermano Policarpo. Cuando la situación le parece intolerable, el Hermano Xavier toma medidas para hacer de la casa de Lyon una eventual base de repliegue en caso de conflicto abierto.

En otoño de 1850, interviene ante el rector de la academia de Lyon para obtener el reconocimiento de la congregación en el departamento del Rhône, mientras que, por su parte, el Hermano Policarpo acaba de presentar en el ministerio un expediente con vistas a obtener el mismo reconocimiento que abarque a todo el territorio francés, autorización que será concedida el 19 de junio de 1851. Ni que decir tiene que las autoridades pidieron al superior general la correspondiente explicación del porqué de estas dos peticiones paralelas. El Hermano Policarpo consideró oportuno sancionar esta declaración de independencia: el Hermano Xavier, al parecer, debía abandonar Lyon en verano de 1851.

Nombrado ecónomo de Paradis en un primer momento, lo encontramos después en Blesle (Haute-Loire), a continuación en Chambost (Rhône) antes de que se incorpore a Paradis, casa que había querido convertir en tabla de salvación de la congregación. Es aquí donde, rodeado de la veneración de todos, el "primer hermano", el "salvador del Instituto" muere el 11 de mayo de 1861. Descansa en el panteón, al lado de los superiores a los que tan fielmente sirvió.



¿Fue el Hermano Xavier, como lo describe el Hermano Albéric, su biógrafo, "el modelo de todas las virtudes religiosas"? Nos faltan los documentos para apoyar con argumentos semejante afirmación que es muestra, en parte, del género hagiográfico de moda en ese tiempo. En todo caso, son lo suficientemente explícitos como para permitirnos afirmar que este hombre de acción poseía una opinión segura, una voluntad firme y una fidelidad a toda prueba apoyada en una fe profundamente arraigada.

El gran sentido común que, sin duda, tenía gracias a sus antecedentes rurales, le permitió administrar, lo mejor posible, los intereses de la congregación y salvarla en varias ocasiones del abismo hacia donde la llevaba la gestión desastrosa e irresponsable del padre François Coindre. Pero, ¡no bastaba con diagnosticar el mal, sino que, también, había que ponerle remedio! La prudencia le aconsejaba desconfiar de las iniciativas desafortunadas del superior y la obediencia le imponía someterse a sus puntos de vista, tras haberle expuesto sus objeciones; lo que hizo durante muchos años.



Con todo, cuando él tuvo la certeza de que la vía elegida llevaba a la ruina, no dudó en luchar por un bien superior: la salvación de la congregación. El aislamiento en el cual se encontraba y la voluntad de mantener a sus Hermanos al margen de todo conflicto con el padre François Coindre no le facilitaban la labor. Sin embargo, jamás desfalleció, animado por una voluntad implacable de salvar la obra a pesar de todos y contra todos.

Esta salvación, no solamente la respaldará en contra del padre François Coindre, cuyos fracasos repetidos pudieran justificar ciertos actos de independencia, sino que llegó hasta oponerse a una decisión del Hermano Policarpo que, influenciado por el padre Arnaudon pidió

al Hermano Xavier que vendiese esta casa; éste respondió que ello no era posible y que aún en el caso que encontrase comprador, no lo haría porque era la casa-madre.

La fidelidad al espíritu del fundador se revela como el motor de su acción; una fidelidad absoluta, casi visceral. Se trata de salvar, de continuar y de hacer progresar la obra deseada por el padre André Coindre. Conoce las cartas dirigidas al Hermano Borgia, por haberlas copiado a mano y hace suyos estos criterios:

Es necesario que todos tengan una gran solicitud por el bien de la obra; pero que nadie se desanime y se inquiete. La Providencia está ahí (...). Tengo la más firme confianza de que si nuestros Hermanos son santos y trabajadores, su obra no perecerá jamás. Si se hacen dignos de la obra que han emprendido, estoy dispuesto a vender hasta la última de mis camisas antes de verme obligado a dejar que se dispersen; y siempre me verán en cabeza llevando la más pesada carga. (Carta n° 3 del padre André Coindre a Hermano Borgia, 10 de enero de 1822)

Asociado a la empresa desde los comienzos e investido de la confianza de los Hermanos, el Hermano Xavier se siente responsable de la supervivencia del Instituto. Ciertamente que no fracasará. Se encuentra en su relato, como si fuera su leitmotiv, una expresión repetida:

Pero viendo que *la congregación iba a perecer* si no se evitaba el descalabro, se armó de valor y prometió al señor Coindre resolver los problemas a condición de que él dejara de construir.

Éste fue el golpe de gracia: desde este momento, el Hermano Xavier retiró toda la confianza que tenía en el señor Coindre y creyó que no debía pensar más que en *salvar la comunidad*.

Esta fidelidad puede acabar en intransigencia, incluso en injusticia, cuando evoca las sucesivas defecciones que debilitan el Instituto. La marcha del Hermano Borgia, al cargo de la dirección general, le causa una fuerte decepción dando lugar a juicios severos: insiste sobre “la dureza con la que gobernaba”, le reprocha su desertión después de haber emitido sus votos perpetuos, lamenta que no haya puesto al servicio de la comunidad la herencia que acababa de recibir... Los términos que emplea con ocasión de otros abandonos son también muy fuertes, para esos “buenos hombres con los que el buen padre fundador había contado tanto y que acabaron por apostatar”. Dice que el Hermano Antoine “colgó los hábitos”, lo mismo que el Hermano Louis con el que salda, de paso, una antigua cuenta, reprochándole en 1835 hechos evidentemente anteriores a su salida algunos años antes.

Como en un lienzo, estas pequeñas sombras quieren poner de relieve los principales rasgos de una figura cautivante a pesar de sus debilidades o de sus excesos. Pero el retrato sería incompleto si se omitiera señalar la dimensión espiritual que sirve de base, de principio de unidad a toda su acción. Hombre de fe, el Hermano Xavier pone su confianza en la Providencia que le da fuerza para llevar a cabo sus diferentes combates. En la carta citada anteriormente, el padre Coindre apoyándose en su propia experiencia, invitaba al Hermano Borgia a la misma actitud:

Desde hace cuatro años, ha venido siempre en mi ayuda en el preciso momento en que me encontraba sin nada y cuando ella me ha enviado a mis Hermanos queridos no es con la intención de echarlo todo por tierra. (Carta nº 3, 10 de enero de 1822)

Persuadido él mismo de esta presencia atenta y constante, el Hermano Xavier invita a sus Hermanos desanimados, como François Coindre sumido en lo más profundo de su crisis, a remitirse a ella.

El primer cuidado del Hermano Xavier fue el de levantar el ánimo del señor Coindre; sin duda que le costó lo suyo; durante varios meses, le paseaba del brazo por el jardín, exhortándole a cobrar ánimos, a confiar en la Providencia.

Ciertamente, el relato del Hermano Xavier, preciso y documentado como tendremos ocasión de ver, aparece más como un testimonio histórico que como un texto edificante. Sin embargo el espíritu de fe de su autor y su confianza en Dios aparecen en diferentes ocasiones, como en esta conclusión, tan explícita dentro de su sobriedad:

No es extraño que, en este período de doce o trece años, no se haya avanzado. Es, incluso, un milagro de la Providencia que se haya podido mantener.

• • •

Para escribir estos recuerdos, el Hermano Xavier ha utilizado dos cuadernos escolares, sin rayas, de 225 x 180 mm. El primero lleva tapas de color mármol verde oscuro y tiene 44 páginas; el relato continúa en un segundo cuaderno de tapas de color amarillo canario y tiene 36 páginas de las que solamente quince están escritas. El texto no está firmado, pero su atribución tradicional está confirmada tanto por la crítica interna como por la crítica externa.

La letra es en todo parecida a la de una carta autógrafa firmada por el Hermano Xavier y dirigida al Hermano Policarpo relativa a una fundación en Saint-Martin-en-Haut, fechada el 9 de agosto de 1842 y registrada en el expediente de este establecimiento en los archivos generales.

A pesar de los auténticos esfuerzos de impersonalidad e imparcialidad, el autor está presente en el relato. Desde la primera página, la primera persona del plural, "nuestra providencia" caracteriza a un testigo de primera hora y que toma parte en la aventura; el relato de la fundación tiene las mismas características, actor y autor se confunden: "él nos condujo a Nuestra Señora de Fourvière", "él nos constituyó en congregación".

Por tanto, este testigo no puede ser otro que Guillaume Arnaud. François Porchet muere en 1823 y si Claude Mélinond vive hasta 1852, o sea un año después del desarrollo de los últimos hechos relatados, salió de Lyon antes de 1837, fecha en la que funda el establecimiento de Saint-Chély. En el entusiasmo del relato, el autor abandonará pronto toda precaución, utilizando en varias ocasiones la primera persona del singular: "Entonces fui a ver al señor Casati", "es lo que me hizo entender cuando yo le dije que hacía falta aprobar esta venta", etc.

Además el Hermano Xavier, presente en Lyon durante treinta años, de 1821 a 1851, e investido de importantes responsabilidades en la comunidad, era el único al corriente de las cuestiones financieras que cuenta con tanto detalle.

La presencia del autor en el texto se incrementa a partir del año 1827 testimoniando las divergencias cada vez más tangibles del primer asistente con respecto a la administración de su superior; después de 1836, con el fracaso financiero y la salida del Hermano Borgia, el Hermano Xavier se convierte en el personaje principal de su relato. Habiendo desaparecido la función de director general, toma las cosas bajo su responsabilidad y se presenta claramente como el artífice de salvación en esos momentos tan críticos; los términos que usa frente a sí mismo pueden parecer condescendientes pero, de hecho y por contraste, no hacen sino acentuar la magnitud de la tarea a realizar.

Hablando del proyecto del padre François Coindre de sacrificar sus propiedades para pagar a sus acreedores, precisa:

Lo habría hecho si no hubiera encontrado allí un pobre hombre que se le opuso: el Hermano Xavier que, hasta entonces no se había ocupado más que de los talleres. Pero viendo que la congregación iba a perecer si no se evitaba el descalabro, se armó de valor y prometió al señor Coindre resolver los problemas a condición de que él dejara de construir.

Salvador de la congregación en el momento en que el fracaso financiero parecía engullirla, el hombre de acción deja en esta ocasión transparentar sus propios sentimientos:

Hasta entonces, el pobre Hermano Xavier había soportado él solo el peso de las desgracias. Llegado a Le Puy, es decir a Paradis, pone al tanto de todo al Hermano Policarpo, el único al que creyó poder poner al corriente, por temor a que cualquier otro se hubiese desanimado.

Las inquietudes y los interrogantes del Hermano Xavier frente a los cambios bruscos del padre François Coindre son referidos con detalle y desarrollados según un procedimiento racional que estudia los diferentes aspectos del problema:

Yo mismo quedé sumamente sorprendido por este cambio. Pero, ¿qué podía hacer? Por supuesto que, si yo hubiera consultado a los hombres, todos me hubieran aconsejado dejar de lado al señor Coindre con sus propiedades y sus deudas. Si se lo hubiera contado a nuestros Hermanos, hubieran perdido toda su confianza en él y se hubieran, quizá, dispersado. Yo no escuchaba, pues, más que la voz de mi corazón que, hasta entonces, me había hecho triunfar en todas las dificultades.

Mencionaremos, de las confidencias del Hermano Xavier, un último ejemplo también muy conmovedor: la constatación realista y amarga que hace de la insuficiencia de sus conocimientos y de la necesidad imperiosa para el Instituto de intensificar la formación de los Hermanos.

A partir de este momento, el Hermano Xavier comprendió el valor de los estudios: había pasado su vida en los talleres de mecánica y de oficialía sin tener nunca un minuto para estudiar, a pesar de que le hubiera servido tanto en su nueva posición. Dándose cuenta de lo que le había faltado en su formación, tomó la decisión de hacer todo lo posible para hacer estudiar a sus Hermanos, y, así rogó al Hermano Policarpo que le enviara algunos Hermanos inteligentes para lanzarlos en el campo de las ciencias, no solamente para enseñar a los niños sino, sobre todo, para poder dirigir la congregación, ya que la experiencia le hacía sentir esta necesidad.

En el último episodio de sus *Memorias*, la petición de autorización en el departamento del Rhône, el narrador nos cuenta detalles que, únicamente puede facilitar el que ha sido protagonista. Como en 1837, que urgió la compra de Paradis para escapar a las maniobras del padre François Coindre, el Hermano Xavier, sin saberlo el Hermano Policarpo, toma la iniciativa de pedir la autorización del establecimiento de la congregación en el departamento del Rhône para ponernos, al menos parcialmente, al abrigo de los abusos de poder del capellán de Paradis, el sacerdote Arnaudon. Nos cuenta la operación con detalle, pero es bastante parco a la hora de relatarnos el resultado de la iniciativa: "Dos meses después, se informa a Paradis de la petición de autorización de los Hermanos de Lyon...", después el relato se interrumpe bruscamente, no sin razón.

Ante el asombro de las autoridades universitarias que no entendían la petición particular hecha en Lyon en el momento en que el superior general acababa de solicitar una autorización para todo el territorio, el Hermano Policarpo se vio en la obligación de desautorizar al Hermano Xavier y de apartarlo de la casa de Lyon, lo que en absoluto da a entender el final del relato, poniendo, más bien, este cambio en la cuenta del sacerdote Arnaudon.

• • •

Así es como se encuentra esbozada la cuestión de la objetividad del testigo, de la credibilidad de su relato y de las fuentes que eventualmente ha utilizado. La respuesta confusa del Hermano Policarpo a la carta que el señor Vincent, rector de Lyon, le había dirigido el 10 de septiembre de 1851,

dice claramente que el cambio del Hermano Xavier fue decidido, más bien, a título disciplinario. "Nosotros desaprobamos semejante gestión y su autor fue llamado a Le Puy para desempeñar la función de ecónomo."

Se debe precisar, en honor a la verdad, que es una de las raras veces que se encuentra una divergencia entre el relato del Hermano Xavier y los documentos contemporáneos. Es del todo comprensible y disculpable. La segunda se relaciona con la compra de Monistrol: al Hermano Xavier, lionés por espacio de treinta años, se le puede perdonar haber confundido en la compra en Monistrol, el edificio principal y la casa del noviciado.

Estas pequeñas inexactitudes no merman en nada la credibilidad de un relato vivo, agradable y, hasta pueda ser, más complejo que lo que a primera vista parece. El Hermano Xavier hace prueba de una tal precisión en los datos y en las fechas que uno tiene la tentación de recurrir a las fuentes, aún habiéndose hecho acreedor de una excelente memoria.

¿Es necesario hacer caso a Coste y Lessard que piensan que, a pesar de la disconformidad de las fechas registradas, la narración que hace de la visita de los Hermanos de Valbenoîte en el *Hermitage* sería atribuible a la primera biografía del padre Champagnat aparecida en 1856? En este caso, el relato del Hermano Xavier sería, sin duda, tardío. A buen seguro que se ha servido de algunos documentos internos de la congregación, en caso contrario, es impensable que cite de memoria, por ejemplo, la descripción de las obligaciones de la asociación, cuando dicha descripción es del todo conforme a la que se encuentra en nuestro registro más antiguo: *Institut 1821-1841, Fondations, Chapitres, Professions, Prises d'habit*, pág. 11.

Durante el "golpe de estado" de 1840, el padre François Coindre destituye al Hermano Xavier de su cargo de asistente y le nombra secretario general; este nombramiento le da acceso a cierto número de documentos de los que saca partido. Más aún, cuando el consejo general, en el transcurso del invierno 1841-1842 presenta al cardenal de Bonald un informe exponiendo las dificultades sucesivas que la administración del padre François Coindre ha ocasionado al Instituto, sin duda que se ha tenido que recurrir al Hermano Xavier para obtener estos detalles ya que, él únicamente estaba al corriente de las cuestiones financieras y no es más que en última instancia que informa, en exclusiva, al Hermano Policarpo.



Se puede suponer que el Hermano Xavier, a petición del consejo general, haya emprendido una primera redacción de los acontecimientos acaecidos entre 1826 y 1840, ya que son rigurosamente idénticas las informaciones contenidas en el *Factum contra François Coindre* y sus *Memorias*. Esta hipótesis muy probable, además de definir la finalidad primera de la redacción permite datar con verosimilitud el punto de partida, a finales del año 1841; esta fecha permite igualmente comprender mejor la animosidad creciente, de la que el autor hace prueba, frente al padre François Coindre, ya que su relato debía contribuir a solucionar definitivamente el contencioso que opone la administración al antiguo superior.

La narración de los hechos termina bruscamente al final del año escolar 1850-1851 sin que el autor, de ordinario tan preciso, se tome la molestia de señalar la fecha del 19 de junio de 1851, final feliz de la solicitud del Hermano Policarpo, ni aún de mencionar esta gestión que hacía que anulara la petición cursada en Lyon. Como lo indica precipitadamente el final que sirve de conclusión:

Todo el mundo conoce la continuación; la dejo para aquellos que escriben mejor que yo, porque tengo mucha dificultad para hacerme comprender.

¿En qué fecha y con qué fin el Hermano Xavier ha puesto por escrito sus memorias? Ninguna información nos da una indicación determinante. Entramos aquí en el dominio de las conjeturas. Un elemento del texto puede acreditar la idea de que es posterior a la muerte del Hermano Policarpo: consecuencia del desarrollo accidentado del capítulo de 1840, el testigo relata: "Desde este momento, el buen Hermano Policarpo fue considerado como director general de la congregación". Este epíteto laudatorio da a entender que el superior había llegado ya al otro mundo; es neutralizado por términos de indulgencia hacia "el pobre Hermano superior", "el pobre Hermano Policarpo", gobernado por el sacerdote Arnaudon. El Hermano Stanislas cree que bien podría ser el Hermano Adrien el que hubiera pedido al "primer hermano" escribir sus memorias.

Según toda probabilidad, el manuscrito se escribe en varias etapas, pudiendo corresponder a las principales partes del relato:

- 1 - la fundación y los principios hasta la muerte del padre Coindre: 1817-1826;

- 2 - la administración del padre François Coindre hasta 1836;
- 3 - el Hermano Xavier, "salvador del Instituto", de 1836 hasta la dimisión del padre Coindre en 1841;
- 4 - el final del Pieux-Secours, el "reino" del sacerdote Arnaudon y la petición de autorización de Lyon: 1841-1851.

Aunque la última parte del texto sea un poco más corta, el conjunto es relativamente equilibrado; la enumeración de hechos en las diferentes partes está bien contrastada: momentánea vuelta atrás al principio de la segunda y cuarta partes, entrada dramatizada del héroe en la tercera, comentario entretenido del narrador para introducir los últimos episodios: "se creará, sin duda, que todo ha terminado, y no es verdad". Una diferencia sensible aparece entre el carácter narrativo de la primera parte y el aspecto más demostrativo de la continuación del texto, destinado a defender una tesis.

El relato, ininterrumpido en su conjunto, sigue, en general, el orden cronológico de los acontecimientos; la asociación de ideas o de frases preliminares dan lugar a consideraciones retrospectivas. El manuscrito conlleva pocas tachaduras y, cuando se alegan algunas correcciones, no dejan de tener su importancia: inversiones cronológicas o errores manifiestos. Sin duda que un borrador previo ha debido ser esbozado.

Este relato lineal, simple, espontáneo en algunos pasajes, de estilo fácil y expresado con gusto, es riquísimo en detalles pintorescos, incluso en expresiones familiares y brillantes. El Hermano Xavier tiene un verdadero talento de narrador; en los episodios más animados, su escrito se parece al de una novela de aventuras: además él interviene gustoso en su relato para comentarlo.

Su punto de vista es un tanto particular y restrictivo: es la historia de los comienzos del Instituto visto desde Lyon y centrado en el Pieux-Secours. No hay motivo para extrañarse, conociendo la personalidad y la ocupación de su autor. Nos sorprende no encontrar ninguna mención de Claudine Thévenet o de las religiosas de Fourvière, tanto más cuando el Hermano Xavier asiste a una ceremonia de profesión en su capilla el 2 de febrero de 1828, y firma el registro en calidad de testigo, como lo harán, en otras ocasiones, el Hermano Borgia o el Hermano Policarpo.

Es sobre el texto de estas memorias que nos hemos basado para alegar la falta de estudios del Hermano Xavier. Para un lector contemporáneo la ortografía del manuscrito parece caprichosa, pero es necesario recordar que al principio del siglo XIX, ésta no está todavía enteramente determinada y por lo tanto las reglas eran bastante flexibles.

No es menos verdad que la del Hermano Xavier es bastante original y que no es cuestión de transcribir literalmente su texto. Sin embargo, cuando vuelve a copiar las cartas del fundador, no hace faltas de ortografía, lo que no era, parece ser, el caso de todos los Hermanos ya que el padre Coindre recomienda al Hermano Borgia que un Hermano más instruido verifique los modelos de los maestros de escritura deplorando, en varias ocasiones, la incompetencia de los Hermanos en este apartado.

Para esta edición, se ha intentado publicar el texto lo más fielmente posible, corrigiendo, no obstante, la ortografía y las faltas claras: merece la pena presentar al lector contemporáneo un documento que se comprenda, respetando fielmente, por supuesto, las particularidades de estilo de su autor, incluidas sus omisiones y sus repeticiones, con el fin de conservar toda su originalidad. Frente a las licencias del manuscrito, ha sido necesario adoptar una regla uniforme para las mayúsculas y la puntuación, establecer párrafos, ya que, con frecuencia, el relato se desarrolla de forma ininterrumpida. Los paréntesis que aparecen en el texto han sido respetados; los corchetes señalan las coletillas del editor: palabras omitidas, correcciones sintácticas o gramaticales, etc., restituyendo la coherencia a la narración.

Este texto no es del todo inédito. Ciertamente que el Hermano Stanislas lo ha utilizado profusamente, sin mencionarlo, en las diversas obras que él ha publicado, y particularmente en *Superiores generales 1821-1859*. La primera parte apareció, sin ningún dispositivo crítico, en *El Padre Coindre, Cuaderno n° 5*, Roma, 1986, pág. 31-41. *La Positio* del Hermano Policarpo, Roma, 1968, reproduce en las mismas condiciones la última parte del manuscrito relativo a la administración del primer Hermano superior, desde "Entonces yo fui a ver al señor Casati", [año 1838] hasta el final. Estas dos publicaciones siguen de cerca la copia dactilográfica del manuscrito trabajado por el Hermano Stanislas.



Estos recuerdos de nuestro primer Hermano, piedra angular de nuestra historia, constituyen, junto con las cartas del fundador, el *Factum contra François Coindre*, y las *Memorias* del Hermano Bernardin, las únicas fuentes sobre los comienzos del Instituto.

En pocas palabras, precisemos la naturaleza y señalemos los límites de este último texto cuyo manuscrito se codea, en nuestros archivos, con el relato del Hermano Xavier. El Hermano Bernardin (Jean-Baptiste Martin, 1819-1910) no entró en la congregación hasta el año 1836; ecónomo general de 1856 a 1900, ha escrito, en una fecha indeterminada, una breve narración que titula *Origine et fondation de l'Institut des Frères du Sacré-Cœur*; su trabajo no pasa apenas las ocho páginas en gran formato; apoyándose esencialmente sobre el texto del Hermano Xavier, elabora un tipo de reescrito más literario y mejor redactado, sin que aparezca ningún componente inédito. Se podría ver en él, el embrión de una historia inacabada.

El interés del *Factum contra François Coindre* es doble; tiene en primer lugar un carácter oficial, ya que el documento, dirigido al cardenal-arzobispo de Lyon, es presentado por el consejo general; pero, sobre todo, porque expresa el sentimiento de varias personas: el superior y sus asistentes, y no solamente un punto de vista particular, como es el caso de las *Memorias* del Hermano Xavier. Ya hemos dicho que los dos escritos coinciden perfectamente por lo que se refiere a los hechos referidos, lo que en consecuencia permite acreditar los detalles insólitos y las reflexiones personales de cada uno de los narradores, siempre, bajo sospecha de parcialidad cuando se es a la vez testigo y actor.

Para nuestro conocimiento del carisma de la congregación, las cartas del padre Coindre, a las cuales conviene referirse continuamente, son los textos más importantes. Más allá de lo habitual, incluso de ciertos detalles anecdóticos, llevan consigo el testimonio de la inspiración altamente espiritual de su obra, de su celo apostólico, pero igualmente de su sabiduría, de su sentido de las realidades materiales y más aún de la atención que tiene a las personas y a las instituciones.

Las *Memorias* del Hermano Xavier aparecen como una especie de presencia histórica del mensaje del padre fundador: lo presenta en acción, frente a las inevitables tempestades de la vida o de la historia; sin presun-

ción pero siempre con una gran concisión, proporciona episodios desconocidos o apenas esbozados de nuestro devenir: los preliminares del Pieux-Secours, la llamada de los primeros discípulos, la aportación de Valbenoîte, el desarrollo de las obras primeras... El cuidado meticuloso manifestado por el Hermano Xavier en el relato detallado de la administración del padre François Coindre permite comprender mejor las dificultades de la congregación en los años 1830, antes de "la edad de oro" del Hermano Policarpo en el decenio siguiente; ningún registro de personal, ningún libro de cuentas sería tan rico en enseñanzas. La variedad de matices empleados ameniza la lectura de estos recuerdos y se asemeja a la combinación de lo trágico y de lo cómico preconizado por el drama romántico contemporáneo. Pero, sobre todo, las Memorias del Hermano Xavier nos ofrecen el testimonio de un hombre sencillo cuya fe sincera anima un dinamismo imperturbable y que nos deja, a través de las luces y las sombras de su relato, el ejemplo de una indefectible fidelidad a su compromiso a los veinte años.

Hermano Jean-Pierre Ribaut, S.C.

N.B. Con el fin de no sobrecargar las notas, se han reagrupado al final del documento breves reseñas biográficas de los Hermanos citados en el texto.



Iglesia de San Bruno de la Cartuja de Lyon,  
donde se acogieron las primeras niñas y niños

## Memorias del Hermano Xavier

En 1817, el señor André Coindre, viendo que los hospitales y las prisiones de Lyon se llenaban de muchachos, tomó la decisión de fundar una casa para recogerlos y apartarlos del peligro. Comenzó por reunir a cinco o seis en una celda de los antiguos Cartujos, próxima a la pequeña puerta de la iglesia<sup>1</sup>; los confió a la vigilancia de un joven, llamado Genthon, a quien designó como encargado. Ocupaba a estos muchachos en devanar la seda a la vez que trataba de instruirlos. Pronto, su número aumentó. Entonces pensaron en darles una ocupación más lucrativa llegando a ser más tarde, para estos pobres muchachos, un medio de subsistencia; con este fin, se montaron dos telares de tejer seda.

Pero la celda era ya demasiado pequeña; eran ya unos quince muchachos. Hubo que pensar en adquirir otro local; se le echó el ojo a una casa, que estaba en alquiler, ubicada en unas parcelas pertenecientes al señor Féréol. Se convino el precio y, en 1818, se trasladó allí la *Providence Saint-Bruno*, (era el nombre que el señor Coindre había dado a esta pequeña agrupación). Este local permitió poner un número mayor de telares e implantar incluso otras especialidades industriales.

Se presentó entonces un tal Dufour quien comprometió al señor Coindre a montar una hilandería diciéndole que se encargaba de hacerla funcionar. Los gastos se elevaron a tres mil o cuatro mil francos. Pero pronto se dieron cuenta de que, con esta hilandería, en lugar de ganar dinero, sólo les suponía gastos, ya sea para mantenerla en servicio ya para pagar el sueldo al empleado. Nos vimos obligados pues a abandonar esa clase de trabajo y a despedir al señor Dufour, limitándonos a montar algunas máquinas de tejidos más. Habiendo aumentado considerablemente el número de muchachos, la casa resultaba demasiado pequeña.

Entonces, el señor Coindre, de acuerdo con su padre que en aquel tiempo quería retirarse del comercio<sup>2</sup> (en Lyon era comerciante de sal al por ma-

<sup>1</sup> Fue en julio de 1817 cuando el padre André Coindre estableció en los Cartujos una providencia de muchachos, similar a la que había fundado para muchachas a comienzos de 1816; el término "Providence Saint-Bruno" designa el conjunto de la obra implantada en la antigua Cartuja, encontrándose las celdas destinadas a las chicas a derecha de la entrada lateral de la iglesia; a izquierda, las de los muchachos que residirán de julio de 1817 a octubre de 1818.

<sup>2</sup> Vincent Coindre (1765-1818), nacido en Hières-sur-Amby (Isère), se estableció en Lyon primero como sastre y después como comerciante de sal al por mayor. Muere en Lyon, Clos des Chartreux n° 3, el 15 de noviembre de 1818.



yor), decidió comprar una casa (entonces en venta) ubicada en el fuerte Saint-Jean. Se encontraba en una situación inmejorable para sus planes; convinieron el precio y pagaron cada uno la mitad. En 1820, trasladaron allí todo el material de nuestra providencia<sup>3</sup>.



El aumento constante del número de muchachos, obligó a aumentar el de empleados. El señor Coindre, viendo que su obra era de carácter benéfico, hizo una petición a almas generosas para crear fondos, ya que un gran número de muchachos eran hijos de padres muy pobres. Numerosas personas le secundaron en esta tarea y pronto se estuvo en condiciones de recibir un número mayor de muchachos.

Pero esta obra era todavía imperfecta. El señor Coindre se dio pronto cuenta de que el trato que estaba obligado a dar a sus empleados debilitaría siempre su obra; por otro lado, su fidelidad no estaba siempre exenta de defectos: a menudo, había que pagar la seda a los comerciantes para los que trabajábamos. Decidió preparar Hermanos para reemplazar a los empleados. Hizo partícipes de su plan a dos de ellos en los que había observado ciertas disposiciones para la vida religiosa; uno se llamaba Guillaume Arnaud, el otro Antoine Genthon. El primero respondió que, teniendo en cuenta que jamás había pensado en ello, la propuesta requería un poco de reflexión. El segundo respondió que no se sentía atraído por esa clase de vida. En efecto, salió [de la providencia] para entrar de dependiente en la librería de Périsset<sup>4</sup>.

<sup>3</sup> Guillaume Arnaud estaba "al servicio de la obra desde el 18 de abril de 1820". Se puede observar esta primera integración del autor en su relato aún cuando se esfuerza en relatar los hechos, en circunstancias normales, de la manera más objetiva posible.

<sup>4</sup> Los *Annales statistiques de la ville de Lyon et du département du Rhône* indican que los hermanos Périsset, impresores-libreros, tienen su domicilio en la calle Mercière, n° 33; se les debe un cierto número de documentos que interesan a nuestra historia, comenzando por el Prospectus del Pieux-Secours, impreso en 1823 (Cf. Jean Roure, *Padre Andrés Coindre 1787-1826, Misionero y fundador, Cronología e iconografía*, Roma, pág. 124).

En aquel momento, el señor Coindre salió para dar una misión en Belleville donde hizo un gran bien<sup>5</sup>; encontró allí un joven llamado Claude Mélinond el cual se presentó para confesarse y para consultarle al mismo tiempo, manifestándole que quería retirarse del mundo. Este joven tenía los pies torcidos, lo que le molestaba mucho al andar. El señor Coindre le recomendó fuera siempre muy prudente en esto y que tal vez, en poco tiempo, podría encontrarle una plaza. A su vuelta de Belleville, el señor Coindre pidió a Guillaume Arnaud lo que pensaba de la proposición que le había hecho. Guillaume le respondió que, conociendo ya bastante el mundo, se creía, con la gracia de Dios, tener la suficiente fuerza para despreciarlo. Entonces el buen padre le abrazó tiernamente y le dijo: "Usted será el primero de esta pequeña congregación que pretendo formar. Desde este momento, le encargo de una manera muy particular del cuidado del establecimiento." - 1821.

El señor Coindre partió para inaugurar la misión de Saint-Étienne donde desplegó todo su celo para convertir a esta pobre gente<sup>6</sup>. Es aquí donde hizo maravillas, como nos informa uno de sus colaboradores (el señor Ballet). Encontró, en una de las parroquias llamada Valbenoîte, algunos jóvenes que vivían retirados del mundo bajo la dirección y vigilancia del buen párroco de dicha parroquia<sup>7</sup>: tenían cada uno su oficio y vivían de su trabajo. El señor Coindre, que tenía siempre in mente su obra, pensó que bien podría sacar partido de este pequeño grupo. Habló al párroco, haciéndole saber lo que había hecho ya en Lyon. Había entre ellos personas de una cierta edad, sobre todo un tal llamado Victor Guillet que había estado casado; tenía incluso una hija que la había colocado en una comunidad de Saint-Joseph con una de sus tías. Había otro que se llamaba Dufour que poseía propiedades en dicho lugar y una fábrica de cordones.

5 La misión de Belleville en la que tomó parte el padre André Coindre tuvo lugar del 30 de noviembre de 1817 al 7 de enero de 1818. El Hermano Jean Roure piensa que bien pudiera ser en septiembre u octubre de 1820 cuando predicó un retiro en Belleville a lo largo del cual tuvo lugar el encuentro con Claude Mélinond (*Op. cit.*, páginas 87 y 89).

6 Once misioneros predicaron la misión de Saint-Étienne del 25 de marzo al 17 de mayo de 1821. Además de la ciudad, abarcaba también a algunas localidades de los alrededores, como Valbenoîte. El padre Coindre formó equipo en la parroquia de Nuestra Señora con, entre otros, el futuro cardenal Donnet y el sacerdote Jean-Marie Ballet. Este último, compañero de nuestro fundador a quien acompañó en numerosas misiones, recibió de Claudine Thévenet un retrato del padre Coindre como agradecimiento de un retiro dado a las religiosas de Jesús-María en Fourvière en septiembre de 1826. Confió este retrato al padre François Coindre en 1856, cuando él era vicario general en Avignon.

7 Jean-Baptiste Rouchon (1761-1844), párroco de Valbenoîte en 1803, había adquirido los locales de la antigua abadía cisterciense en junio de 1817 para establecer allí una providencia destinada a instruir a los muchachos pobres de la parroquia. Con este fin había reunido los siete hombres que irán a Lyon en septiembre de 1821 para sumarse a los del padre Coindre para hacer el retiro preparatorio de la fundación del Instituto.

Fue acordado entre ellos que se unirían a nosotros, que erigirían dos casas, una en Lyon que sería siempre considerada como casa-madre y la otra en Valbenoîte. El señor cura cedía para ello una casa que le pertenecía, cerca de la iglesia; el señor Coindre debía ser el superior general y el encargado absoluto de la dirección. Todo quedó bien concertado y de acuerdo. Los componentes del grupo, siete en total, vinieron en efecto todos a Lyon para hacer un pequeño retiro y recibir cada uno su nombre de religión. El señor Coindre escribía a Claude Mélinond que se trasladara a Lyon para el mismo asunto. Él mismo, habiendo terminado la misión, se vino a los Cartujos para dirigirnos el retiro. Éramos diez en total, a saber: Guillaume Arnaud, Victor Guillet, Anoine Dufour, François Rimoux, X, X, X, X<sup>8</sup> Claude Mélinond y François Porchet. Este último era un maestro de escuela que se había incorporado hacía algunos meses; tenía una enfermedad en un brazo que le impedía servirse de él.

Al término del retiro, nos condujo a Nuestra Señora de Fourvière donde celebró la santa misa por nosotros con el fin de ponernos bajo la protección de tan buena madre. Nos dio después un nombre de religión para darnos a entender que abandonando el nombre que nosotros teníamos en el mundo, no debíamos vivir sino para Dios. Así, dio el nombre de Hermano Xavier a Guillaume Arnaud, el nombre de Hermano Borgia a Victor Guillet, el nombre de Hermano Ignace a Antoine Dufour, el nombre de Hermano Augustin a François Rimoux, el nombre de Hermano François a Claude Mélinond, el nombre de Hermano Paul a François Porchet. Nuestro primer hábito fue una especie de levita con un pequeño gabán o carrique<sup>9</sup>.

8 De los siete discípulos del sacerdote Rouchon, el Hermano Xavier y los registros del Instituto no han conservado más que los nombres de Antoine Dufour, responsable de la comunidad de Valbenoîte, de Victor Guillet, director general de los Hermanos y director del Pieux-Secours durante quince años y el de François Rimoux, primer maestro de novicios. El escaso tiempo que los otros cuatro han permanecido en la obra del padre Coindre explica el olvido incluso de sus nombres. No poseemos ningún documento oficial anterior a la primera profesión, el 14 de octubre de 1824. *El Registro del personal nº 1*, conservado en los archivos, cubre el período del 30 de septiembre de 1821 al 30 de agosto de 1873, pero parece no haber sido redactado sino en los alrededores de 1840.

9 Al principio, los Hermanos no tenían un traje particular; poco a poco se estableció un uniforme compuesto por un pantalón y una levita negra; esta levita era una especie de redingote que llegaba hasta las rodillas pudiendo desaparecer bajo un amplio gabán llamado carric o carrique; la tradición les atribuye el sombrero de copa alta o chistera. Hay que decir que estos vestidos eran los que llevaban los hombres de la clase media de entonces. El Hermano Jean-Baptiste, de los Hermanitos de María, primer biógrafo del padre Champagnat, cuenta que cuando los Hermanos de Valbenoîte fueron a Lavalla, en mayo de 1822, sus hábitos burgueses, su vestimenta limpia y rebuscada: pantalón, levita, gabán y chistera, parecida a la forma de vestir de nuestros primeros Hermanos, contrastaba con el vestir ordinario de los jóvenes de Lavalla y enojaron al padre Champagnat (*Op. cit.*, reedición llamada del bicentenario, Roma, 1989, pág. 165 y nota 15).



Una vez finalizado todo, distribuyó el trabajo que cada uno debía desempeñar. Nombró director de la casa de Lyon al Hermano Borgia y al Hermano Ignace, director de la casa de Valbenoîte. Éste partió enseguida con sus cuatro compañeros. El Hermano Borgia, el Hermano Xavier, el Hermano Augustin, el Hermano François y el Hermano Paul permanecieron en Lyon.

Era el 30 de septiembre de 1821 cuando el buen padre Coindre nos constituyó en congregación bajo la regla de San Agustín y las constituciones de San Ignacio<sup>10</sup>.

Tras esta organización, el señor Coindre quiso dar un mayor impulso a su obra. Hizo publicar en las iglesias de Lyon que en un día determinado por él, pronunciaría un discurso en favor de su obra en la iglesia de Saint-François; invitaba a asistir a todos los bienhechores de la casa. La asistencia fue masiva; los comerciantes y sobre todo la nobleza se propusieron como obligación no faltar a la cita. [El padre Coindre] pronunció un discurso tan enérgico sobre la caridad, sobre el bien que había que hacer para ayudar a los pobres muchachos para que abandonaran las calles de Lyon en las que, de continuo, estaban expuestos a toda clase de vicios, proponiéndoles abrir una suscripción durante varios años para que la obra fuera más duradera; les comprometió incluso para que formaran una comisión que fuera la encarga-

<sup>10</sup> La Regla de San Agustín y las constituciones de San Ignacio a las cuales se hace referencia aquí deben ser consideradas como fuente de inspiración muy general, relativa a los principios fundamentales del estado religioso y de la vida común. Se buscaría en vano una influencia directa de estos grandes textos en los artículos de las reglas que nos dejó el fundador.

da de recibir los donativos, de supervisar la obra y ayudar con sus consejos a los Hermanos destinados a dirigirla<sup>11</sup>. Fue maravillosamente escuchado; en primer lugar, se hizo una colecta tras el discurso, después un gran número se comprometió a suscribir veinticinco francos anuales durante cinco años. Se formó a continuación una comisión compuesta por un presidente, un tesorero, un secretario, dos inspectores y varios celadores. Primero se asumió el compromiso de tener treinta muchachos pobres en el establecimiento por los que se pagarían trescientos francos por alumno y año. Se comprometieron sólo por cinco años. Al establecimiento se le dio el nombre de *Pieux-Secours*. Se recibían también alumnos de pago. En ese tiempo se aumentó el número de máquinas y se organizó un taller de zapatería. No teniendo aún Hermanos que conocieran el oficio, hubo que contratar un empleado llamado Jassoné [?]. Para amueblar el establecimiento y organizar los talleres, se contrajo una deuda de ocho mil francos, deuda que fue saldada en gran parte por las sumas que el señor Coindre ingresó en la caja del establecimiento.

1822. – El señor párroco de Valbenoîte se arrepintió de haber cedido su casa a la obra y todo porque no podía manejar los negocios a su antojo. Quiso ser independiente; sin embargo, pidió ayuda a Lyon. El señor Coindre le respondió que no se podía hacer ningún sacrificio por una obra que quería ser independiente y que por otra parte no nos suponía ninguna utilidad; que si estaba enfadado por haber cedido su casa, la podía recuperar visto que no existía todavía ningún contrato. En efecto, así lo hizo. Los Hermanos que estaban allí, desanimados, cada cual se fue por su lado.

Creendo que él sólo se bastaba para formar su pequeña comunidad gastó mucho, tanto para organizar los talleres como para acondicionar las clases para los niños de la parroquia. Pero enseguida se dio cuenta de que su proyecto no marchaba; no había unión entre ellos ni tampoco subordinación. A finales del año 1823 [sic], se fue a entrevistarse con el señor Champagnat a Lavalla para proponerle una fusión; hasta le había llevado su pequeño grupo. Pero estos al ver la pobreza que reinaba en ese establecimiento, el

11 El folleto de treinta y dos páginas, *Pieux-Secours, establecimiento de beneficencia para muchachos*, impreso en la casa Périsset en 1823 y del cual se conserva un ejemplar en los archivos de la ciudad de Lyon, trae, a continuación del *Prospectus* y del informe presentado a la asamblea anual de suscriptores del 30 de octubre de 1823, la composición del consejo de administración y la lista de todos los suscriptores de la obra desde su fundación hasta esta fecha.

aire simple y burdo de los novicios y sobre todo su ignorancia, les produjo tal rechazo que se volvieron a casa sin hablar de fusión. Algunos años después se dispersaron todos, uno tras otro. Años más tarde, el señor párroco de Valbenoîte pidió al señor Champagnat que le enviase algunos de sus Hermanos para su escuela y los consiguió<sup>12</sup>.

Sin dejar sus misiones, el señor Coindre, nos trajo nuevos refuerzos. A lo largo del año se recibieron seis nuevos aspirantes. A saber: los Hermanos Antoine, apellidado Cusset; Barthélemy, apellidado Rey; Benoît, apellidado Putet; Bernard, apellidado Duprat; Bonaventure, apellidado Julien; y Louis, apellidado Bressan. Los párrocos, habiendo oído que el señor Coindre preparaba a sus aspirantes para Hermanos, se dirigieron a él para pedirle que les enviara algunos de ellos para educar a sus niños ya que en aquel entonces, como no existían más que los Hermanos de las Escuelas Cristianas, no había Hermanos más que en las grandes ciudades. Es cierto que el señor Champagnat trabajaba para fundar una congregación en Lavalla así como el señor Querbes en Vourles y el señor Bochard en los Cartujos<sup>13</sup>, pero ninguna estaba a punto. En este momento, todo el clero de Lyon estaba dispuesto a apoyar los proyectos de nuestro fundador, pero pronto este sentir cambiará como lo diré un poco más tarde.

El señor obispo de Saint-Flour<sup>14</sup> y administrador de la diócesis de Le Puy, conociendo las dotes del señor Coindre para la predicación, concibió el plan de ganarlo para la diócesis de la Haute-Loire. Le escribió para proponerle que viniera a formar un equipo de misioneros destinado a evangelizar a su

12 Según Coste y Lessard, *Origines Maristes*, tomo 4, Roma, 1967, artículo Rouchon, el Hermano Xavier hubiera podido inspirarse, para su relato de la visita de los Hermanos de Valbenoîte a Lavalla, en la biografía del padre Champagnat del Hermano Jean-Baptiste citado en la nota 9. Los dos relatos presentan, en efecto, semejanzas de redacción y el Hermano Jean-Baptiste había asistido al encuentro. Tras la visita de 1822, Jean-Baptiste Rouchon intentó, dos años más tarde y sin éxito, una nueva fusión con los Hermanos Maristas. En 1827, tras el abandono de sus Hermanos y para evitar la desaparición de su obra hizo una petición a los Hermanos Maristas. El padre Champagnat le mandó cuatro Hermanos (Hno. Jean-Baptiste, op. cit., pág. 165).

13 Fue en 1817 cuando el padre Champagnat funda en Lavalla (Loire), de donde es vicario, el primer establecimiento de los Hermanos Maristas; Claude-Marie Bochard (1759-1834), vicario general del cardenal Fesch de Lyon en 1808, abandona la administración diocesana en 1824 con ocasión del nombramiento de Monseñor de Pins; el señor Bochard abre en el departamento de Ain donde entonces reside, diversos establecimientos de enseñanza confiados a los Hermanos de la Croix que él había fundado; sólo en 1831 el padre Querbes recibe en Vourles (Rhône) los primeros clérigos de Saint-Viateur; la autoridad diocesana hubiera deseado que se hubiera entendido con el padre François Coindre con vistas a una obra común.

14 Monseñor Louis-Siffrein-Joseph de Salamon-Foncrose (1750-1829) obispo de Saint-Flour y administrador de la diócesis de Le Puy hasta el restablecimiento de la sede episcopal en octubre de 1822. Fue en agosto de 1822 cuando el padre Coindre encuentra a Monseñor de Salamon para ultimar la creación de una sociedad de misioneros para la Haute-Loire. Por mandato del 20 de septiembre de 1822, el prelado anuncia y recomienda a la caridad de sus fieles el establecimiento de Monistrol cuya dirección es confiada al padre Coindre.



diócesis<sup>15</sup>. El señor Coindre hizo un viaje hasta Saint-Flour para ponerse de acuerdo con él. Éste le dijo que aceptaba su oferta a condición de que le diera los señores Montagnac para ayudarle en este proyecto. Monseñor se los concedió.

No se trataba más que de cambiar el lugar de residencia; convinieron que se establecerían en Monistrol. Lo que le hizo decidirse por esto fue que allí había un pequeño colegio dirigido por el señor La Bruyère, quien quería deshacerse de él porque tenía pocos alumnos y no le daba para vivir. El señor Coindre y los señores Montagnac<sup>16</sup> lo compraron y lo hicieron reparar para establecerse en él<sup>17</sup>. Con él [el padre Coindre] dio un gran impulso a su obra. El establecimiento se convirtió en un semillero del que salieron hombres muy capacitados para sus misiones.

15 Los misioneros del Sagrado Corazón de Jesús tendrán una existencia efímera. Esta "congregación clerical establecida en Monistrol-l'Évêque bajo el nombre del Sagrado Corazón de Jesús", según el título que aparece en el proyecto de estatutos conservado en nuestros archivos, ve la luz en noviembre de 1822 en el antiguo convento de capuchinos. Esta congregación persigue un doble fin porque, además de las misiones parroquiales, toma bajo su responsabilidad el impartir la enseñanza en el pequeño colegio-seminario abierto en la misma época, el cual cuenta con la colaboración de las religiosas de Jesús-María para la ropería y de los Hermanos del Sagrado Corazón para los empleos manuales. Cuando la autoridad diocesana confía un ministerio parroquial a los sacerdotes más capaces, el padre Coindre presenta su dimisión como superior y se instala en Blois en otoño de 1825. Tras su marcha, la obra logró sobrevivir muy poco: sólo duró algunos años más.

16 Dos hermanos Montagnac, sacerdotes de la diócesis de Le Puy, llegaron para secundar al padre Coindre en Monistrol; tanto el uno como el otro estarán vinculados a los comienzos del Instituto y su simpatía por las fundaciones del padre Coindre continuará incluso hasta después de su muerte. El mayor de ellos, Romain Montagnac, nacido en Le Puy el año 1793, cursó brillantemente estudios literarios y científicos. Ordenado sacerdote en 1817, es nombrado vicario de la catedral de Le Puy y a continuación profesor del pequeño seminario. En octubre de 1822, el padre Coindre obtiene su cooperación y le confía la responsabilidad del colegio-seminario de Monistrol del cual llega a ser oficialmente superior en agosto de 1825. Nombrado párroco de Yssingeaux en diciembre de 1834, toma posesión de su parroquia algunos meses después y muere en abril de 1839 a consecuencia de una congestión, a la edad de cuarenta y siete años. Pierre Montagnac, nacido en Le Puy a fines de 1797, hace como su hermano brillantes estudios y, como él, es solicitado por el padre Coindre en octubre de 1822 para la obra de Monistrol. Prefecto de disciplina y profesor de retórica, es además nombrado por el padre Coindre en 1823 capellán de la casa en la que los Hermanos han implantado el noviciado y una escuela de aplicación. Superior del colegio a la salida de su hermano en 1835, llega a ser vicario general en 1839. En calidad de tal, preside en diferentes ocasiones, desde 1840 hasta su muerte en 1865, las ceremonias de profesión en Paradis.

17 El señor Pierre-Paul La Bruyère, párroco de Monistrol de 1802 a 1820, había recuperado una parte del antiguo convento de los capuchinos y todo el cercado donde había abierto un colegio. Con el fin de asegurar el futuro de la obra, había legado esta propiedad, mediante testamento fechado el 15 de enero de 1820, al señor Ruzan, superior de las misiones de Francia y residente a la sazón en París. El señor Ruzan había hecho donación a los señores André y François Coindre. El 22 de enero de 1823, compraron una casa a donde se trasladará el noviciado.



1824. – (Sin embargo, pronto empezó el padre Coindre a tener algunas dificultades. Monseñor de Bonald<sup>18</sup>, encontrando allí hombres bien formados para la predicación y el gobierno de las parroquias, vino a tomar de allí, como siempre, lo mejor que había para colocarlos como párrocos de las principales iglesias de su diócesis.)

1823. – Recorriendo las parroquias de la Haute-Loire, el padre Coindre se esforzaba en reunir cuantos postulantes podía. Se preocupó de abrir un pequeño noviciado en uno de los locales del colegio. Poco después, el padre Coindre alquiló una pequeña casa, llamada Casa de las Zanjas y que distaba muy poco del colegio. El Hermano Augustin fue nombrado maestro de novicios. El padre Coindre le puso al señor Giban<sup>19</sup> para que le ayudase en este menester. Pronto se llegó a tener un número de novicios tal que el padre Coindre creyó poder emplearlos para comenzar algunas escuelas. Las peticiones eran ya numerosas: Monistrol y Le Monastier tuvieron el honor de ser los primeros servidos. Tras el retiro que tuvo lugar en la capilla de Monistrol, los Hermanos Borgia, Bernard, Bonaventure, Irénéé, Augustin, Louis y François emitieron los votos por primera vez. Ocurrió el 14 de octu-

18 Monseñor Louis de Bonald (1787-1870) era hijo del conde de Bonald, escritor y filósofo "legitimista", defensor ardiente de la monarquía y de la religión. Miembro de la capilla imperial desde los primeros años de su sacerdocio, el sacerdote de Bonald acompaña al cardenal Fesch en numerosas misiones. Obispo de Le Puy en 1823, se muestra en un primer momento favorable a las fundaciones del padre André Coindre: religiosas, Hermanos, colegio de Monistrol. Con los misioneros del Sagrado Corazón, las cosas, por cuestiones de administración diocesana, irían de distinta manera, como queda dicho en la nota 15. El 2 de octubre de 1837, bendice la primera piedra de la capilla de Paradis a donde vuelve a finales de 1839 para presidir la ceremonia de profesión de los Hermanos. Nombrado arzobispo de Lyon a finales de 1839, llega a la ciudad episcopal en julio de 1840 y es nombrado cardenal al año siguiente. Su interés por la congregación lo mantiene en este nuevo cargo, de suerte que el consejo general no duda en acudir a él para poner fin a las diferencias que le enfrentan con el padre François Coindre, tanto es así que el Hermano Xavier se dirige muy a gusto al arzobispado para obtener el apoyo del prelado.

19 El señor Giban, padre del Sagrado Corazón, profesor del colegio de Monistrol y del noviciado de los Hermanos, se habría quejado de la cohabitación que le imponía esta función.

bre de 1824. El 20 de noviembre del mismo año el Hermano Xavier hizo sus votos en la misma capilla.

Posiblemente alguien se preguntará por qué se hicieron los votos en Monistrol y no en Lyon. He aquí la razón. La autoridad eclesiástica de Lyon se enfadó muchísimo por haber perdido al padre Coindre; el vicario general encargado de las congregaciones religiosas contaba, para proveer de Hermanos a la diócesis, con la pequeña comunidad que el padre acababa de fundar, como así lo había manifestado formalmente. Pero el señor Coindre les había respondido que su obra era general y que no era su propósito restringirla a una sola diócesis. Disgustados por esta respuesta, le dieron la espalda diciéndole: “¡No, usted así no ganará nada, apoyaremos al señor Champagnat!” En efecto, así lo hicieron, esperando que éste último se sumara a sus planes. Sin embargo, se equivocaron, puesto que, al igual que nosotros, el señor Champagnat tampoco quiso restringir su obra a la sola diócesis de Lyon. No obstante, siempre le protegieron esperando sacar mayor partido que del padre Coindre. Es por lo que se advertía, a los párrocos que se encontraban reunidos en los retiros pastorales, que si tenían algún joven que consideraban apto para la vida religiosa se lo enviasen al señor Champagnat y sólo al señor Champagnat. Esta situación se prolongó durante un cierto número de años a lo largo de los cuales se negó todo a los Hermanos del Sagrado Corazón.

Sin embargo, la pequeña congregación seguía extendiéndose. Se abrieron varias casas como Montfaucon, Vals, Marvejols, Fontaines, Murat, Pradelles, Saint-Symphorien (sumadas a las de Monistrol, Le Monastier, Fontaines [sic], Blesle)<sup>20</sup>.

1824. – La casa de Lyon crecía. Los oficios aumentaban en número. El señor Coindre viendo la situación, determinó la independencia de los Hermanos, es decir quiso que los Hermanos tomaran la gestión material del establecimiento; les cedió todo el mobiliario que había en el establecimiento así como los oficios. Les había ayudado a saldar todas las deudas hallándose

20 Llevado por su impulso, el Hermano Xavier se preocupa muy poco de la cronología. Los establecimientos habían sido fundados en el orden siguiente: Pieux-Secours y Valbenoîte en 1821; el noviciado de Monistrol en 1822 y la escuela de Monistrol al año siguiente; Le Monastier, Pradelles y Saint-Symphorien de Lay (Loire) en 1824; Montfaucon, Cailloux-sur-Fontaines (Rhône), Neulise (Loire) y Murat (Cantal) en 1825. El Hermano Xavier no menciona la escuela de Neulise que se cierra en 1836 para volverla a abrir en 1852; pero tiene en cuenta las fundadas en 1826: Vals, Blesle y Marvejols (Lozère) proyectadas por el padre Coindre.

el establecimiento en una situación de prosperidad. Como la madre de los Coindre vivía aún, no quiso privarle de la renta de sus bienes. Es por esto que los Hermanos le abonaban, por el local que ocupaban, un alquiler de ochocientos francos.

Con anterioridad ya les había explicado, en un cuadro-marco, de qué manera debía estar compuesto el gobierno y cómo debían hacerse las elecciones. Aquí la descripción<sup>21</sup>:

### CARGOS DE LA SOCIEDAD

- Cargos reservados a la sociedad:
  - un padre superior general sacerdote: señor Coindre, primogénito,
  - suplente: señor Coindre, júnior,
  - un Hermano director general: Hermano Borgia,
  - dos asistentes generales: primer asistente, Hermano Xavier, segundo asistente, Hermano Augustin,
  - un procurador general: Hermano Bernard,
  - un prefecto para los asuntos espirituales.
- Cargos reservados al superior general:
  - un inspector diocesano: Hermano Louis,
  - un director local de la casa de Lyon: Hermano Borgia,
  - dos consejeros: primero, Hermano Xavier,
  - un maestro de novicios: provisionalmente, Hermano Borgia,
  - un procurador de novicios: *id.*,
  - un Hermano ministro: Hermano Xavier.
- Cargos a nombrar por el director y su consejo:
  - un maestro de taller: primer maestro, Hermano Xavier,
  - dos vicemaestros: Hermanos Gonzague y Joseph,
  - un maestro de gramática y de cálculo: Hermano Louis,
  - un maestro de lectura y de escritura:
  - un sacristán: Hermano Régis,

<sup>21</sup> Este cuadro se encuentra en el registro de las actas del consejo general de los Hermanos fechado en 1826 sin más precisiones y con la nota siguiente: "En vistas de que se ha perdido el acta de elección de cada miembro con cargo en la sociedad que había sido constituida por el padre superior general, el señor Coindre, fundador, y queriendo seguir en todo su voluntad y asumir los compromisos que nosotros hemos firmado, hemos reconocido como auténtico, es decir escrito por la mano del fundador, el cuadro resumen de los cargos de la sociedad incluidos en este registro que hemos firmado".

- un campanero: Hermano Louis,
  - un maestro de coro: Hermano Louis,
  - un prefecto de limpieza y sanidad: Hermano Jean-Baptiste,
  - un portero: Hermano Régis,
  - un delegado: Hermano Maurice,
  - un enfermero: Hermano Jean-Baptiste,
  - un despensero: Hermano Maurice,
  - un cocinero y ayudante de cocina:  
Hermanos Victor y Ambroise,
  - un jardinero:
  - un bibliotecario:
  - un animador: Hermano Charles.
- Gobierno de las casas pequeñas:
    - un Hermano director,
    - un Hermano maestro para la clase de mayores,
    - un Hermanos maestro para la clase de pequeños,
    - un Hermano sirviente o cocinero.

Aunque el padre Coindre determinara que en el gobierno de los Hermanos del Sagrado Corazón habría un padre superior-sacerdote, no lo entendió así más que en lo que a él mismo y a su hermano se refiere; con claridad meridiana, se lo explicó en varias ocasiones diciéndoles:

Mis queridos Hermanos, es necesario que, de momento, tengáis un superior sacerdote ya que no estáis suficientemente formados ni en condiciones de gobernaros por vosotros mismos. Es por ello por lo que debéis familiarizaros y ejercitaros con valentía en la administración ya que yo puedo faltaros cualquier día. Después de mí, mi hermano. Pero, después de él, será necesario que os gobernéis vosotros mismos ya que cualquier otro sacerdote no tendría el espíritu del fundador y vuestros asuntos, por tanto, no podrían avanzar.

El buen padre quería estar siempre al corriente de todo; exigía que el Director general le escribiera dos veces por semana y que le contase hasta los más mínimos detalles; le respondía puntualmente dándole todos los consejos que él creía necesarios; incluso, entraba en los más pequeños detalles; para ello, no le preocupaba robar horas al sueño ya que, de día, no tenía tiempo: la predicación y las confesiones acaparaban ordinariamente todo su tiempo.

1825. – En aquellos tiempos, recibió una carta del obispo de Blois<sup>22</sup> en la que le rogaba le proporcionara alguien que se hiciese cargo de la dirección del seminario de su diócesis.



MEMORIAS DEL HERMANO XAVIER. Fotografía: Cartier, *Monistrol*, p. 14, 1910.

El señor Coindre quería enviar al señor Montagnac. No habiéndoselo permitido Monseñor de Bonald, le contestó que iría él mismo. Monseñor de Bonald, informado del contenido de la carta por el señor Coindre, le dijo a éste que hacía mucho bien en su diócesis pero que el bien que podía hacer en el puesto que se le ofrecía era mucho mayor y que en consecuencia no podía impedirle que contestara de una manera afirmativa. Arregló sus asuntos, puso al señor Montagnac superior del pequeño seminario de Monistrol y de las misiones, y a continuación salió en dirección a Blois. Aunque se encontraba a una distancia mayor y sus ocupaciones eran aún mayores, no dejó de escribir regularmente al Director general y a su hermano en el que había delegado algunas pequeñas responsabilidades de la congregación. Quería estar al corriente de cómo funcionaban las casas, estaba preocupado por algunos directores de los que conocía su carácter impulsivo e inconstante. Habiendo sabido que el Hermano Louis, director de Pradelles, quería retirarse, he aquí la carta que le escribió [el 25 de febrero de 1826].

La irregularidad de su conducta, amigo mío, me llena de tristeza. ¡Qué pronto ha olvidado los consejos paternos que le di y sus buenos propósitos! Siempre me dio usted pena a pesar de sus ilusiones y sus faltas; todavía hoy me da pena; es por ello por lo que me tomo un tiempo, tan precioso para mí, para escribir. ¿Se oirá mi voz en

22 Monseñor Philippe-François de Sausin (1756-1844), obispo de Blois desde 1823 hasta su muerte.

el desierto? ¿Se conmovió, su joven corazón, ante los gritos de alarma de su padre? ¡Pobre muchacho, qué pena me da! Cae en todas las trampas que le tienden los enemigos de su alma.

Últimamente, leía en el *Eclesiástico*, capítulo 9, estas palabras: "Como los peces son atrapados por el anzuelo y los pájaros en la red, así los hijos de los hombres son sorprendidos por el día aciago cuando cae de golpe sobre ellos." Y, he aquí que nuestro pobre Hermano Louis, bien advertido de su debilidad y de los peligros del mundo, se ha dejado sorprender como un pez, como un pájaro, por los atractivos del mundo, por las redes del demonio, por los encantos de todos sus anhelos.

Si hubiera tenido en más estima las prácticas espirituales que ha abandonado, hubiera tratado de combatir a sus enemigos por la meditación de las Sagradas Escrituras, se hubiera dado cuenta de su debilidad, de los peligros del mundo y de los medios para no dejarse sorprender; hubiera leído en su *Manual del Cristiano*, 1ª epístola de San Juan, capítulo 2, versículo 14: "Jóvenes, os escribo porque sois fuertes, la palabra de Dios mora en vosotros y habéis vencido al maligno." Era a los jóvenes de la primitiva Iglesia que, como los jóvenes religiosos, no se habían dejado seducir, y añade: "No améis al mundo ni lo que hay en él. Si alguno ama al mundo el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y el orgullo de las riquezas no provienen del Padre sino del mundo. El mundo pasa y con él, su concupiscencia; pero el que hace la voluntad de Dios permanece eternamente."

Si hubiera meditado bien estas palabras, hubiera permanecido oculto bajo los ojos de Dios, en la soledad de su corazón, al amparo de sus reglas, encadenado por la obediencia, no hubieran podido alcanzarle los lazos del mundo; no hubiera encontrado seducción en el mundo ni en lo que él encierra; hubieran supuesto para usted en algo la experiencia de los ancianos, los consejos de San Juan, las luces del Espíritu Santo que le decían: "No améis el mundo ni lo que hay en el mundo": pues, después de la caída del primer hombre, todo se ha coligado contra él para amarrarle a la tierra. No ha merecido ver más a su Dios ni escucharle, y la criatura se ha presentado para robarle el corazón y para hacerse amar. "Pero el que ama el mundo, el amor de Dios no está en él". ¿Por qué? porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne. ¿De qué habla la juventud? ¿Cuáles son las conversaciones de los ancianos? Todo ronda alrededor de los placeres de los sentidos. "El hombre, dice San Agustín, que había sido creado en el Espíritu, que debía ser espiritual en la carne, ha llegado a ser incluso carnal en el espíritu. Porque el pecado ha cambiado completamente al hombre y aquél que debía vivir en el respeto se ha vuelto parecido a los animales desprovistos de inteligencia."

No ame el mundo porque es concupiscencia de los ojos. No ponga usted los ojos en algo que le plazca. Piense que David pereció por una mirada y que Nuestro Señor dice: "El que mira a una persona del otro sexo con lujuria ya ha cometido el crimen en su corazón".

No se deleite con buenas comidas porque embotan el corazón, ni con el vino que lleva consigo el fuego de la concupiscencia: "Su color en una copa engaña, dice el Sabio, pero después pica como una víbora."

No busque en la tierra tesoros que los ladrones puedan robar. Levante su corazón al cielo: *¡Sursum corda!* No ponga su curiosidad en cosas vanas; no busque saber mucho, instrúyase en la ciencia de la salvación: toda otra ciencia que no vaya con los deberes de su estado, es peligrosa. El sabio ha dicho: "En el mucho saber, hay mucho de pasión y de enfado y quien añade pasión añade trabajo".

No ame el mundo porque todo lo que hay en el mundo es orgullo de la vida. No presuma de usted mismo. Es el comienzo de todo pecado. Por lo mismo, vuestra madre fue seducida y nuestro primer padre nos perdió.

No busque el aplauso de los hombres porque usted ya habría recibido su recompensa y no tendría más que esperar inevitables suplicios. No se vanaglorie de usted mismo ya que todo lo que se atribuye de sus buenas obras, se lo arrebató a Dios, su autor, ocupando usted su lugar.

No se sacuda el yugo de la disciplina, no oponga resistencia a los buenos consejos y no se enfade cuando le reprenden; pues es el colmo del orgullo sublevarse contra la verdad incluso cuando nos alecciona y dar coces contra el aguijón. No se vanaglorie de sus fuerzas; por sus vivos arrebatos y sus fogosidades impetuosas usted quiere llevarse todo por delante; sin embargo, tiene que poner todo su ahínco en vencer al maligno que es el que le inspira tantos deseos, tanto más peligrosos cuanto más gratos y lisonjeros parecen. Todas estas concupiscencias no provienen del Padre; esto sería hacer una injuria a Dios, fuente de toda sabiduría, el mirarle como el autor de todas estas concupiscencias las cuales provocan el desorden en los sentidos, en el alma y en la sociedad entera. Estas concupiscencias provienen del mundo, dice San Juan; nos llegan como consecuencia del pecado de nuestro primer padre. Estamos en la tierra para luchar contra ellas; la recompensa del cielo ha sido prometida a aquellos que salgan victoriosos.

He aquí por qué su regla es severa, por qué ordena la mortificación de los sentidos y de las pasiones, de la modestia exterior, de la humildad y de la reserva en todo. He aquí por qué su hábito le separa del mundo. Lejos pues de impacientarse contra su regla, de despreciar su hábito, si usted tuviera el espíritu de Dios, besaría el hábito con respeto y agradecimiento; usted lloraría de alegría por tener una regla que proviene del amor del Padre y que no se resiente para nada del espíritu del mundo. Usted tendría en gran estima su vocación, y, lejos de creerse superior a ella, se consideraría indigno de la misma; se extrañaría de que un Dios tan alto, tan elevado, tan santo, ha podido elegir un pecador, un miserable como usted, para trabajar en su obra para educar las almas rescatadas con su sangre. Usted sería feliz si no trabajara por un mundo que pasa pues dice San Juan, el mundo pasa. Los días no son nunca los mismos, los



años se suceden; las tristezas siguen a las alegrías, la desgracia a la felicidad. El mundo es una figura hueca, voluble, ligera que el viento se lleva, es una sombra que se disipa. También la concupiscencia pasa como pasa el mundo. Los gustos no son siempre los mismos: una pasión, un placer sustituye a otro; todo es veleidad e inseguridad para los mundanos. No les gusta, en la edad madura, lo que amaron en la juventud, ni, en la vejez, lo que amaron en la fuerza de la edad; nada les puede satisfacer a ninguna edad, en ningún estado; no quieren lo que quisieron ayer, no encuentran nada que les llene el corazón porque no aman sino la mentira. San Juan dice: "El que hace la voluntad de Dios permanece eternamente". Hacerla en su juventud, en la edad madura y en la vejez si llega. No será tampoco inconstante: su comida es hacer la voluntad de su Padre celestial que no cambia jamás. No hay arrepentimiento en sus últimos instantes: ha hecho siempre todo lo que tenía que hacer; ha amado a Dios, ha servido al prójimo, ha mortificado sus pasiones; sale de este mundo como un vencedor que va recibir el premio que ha merecido y su corona es inmortal.

¿Será esta la suerte del Hermano Louis? Que piense en esto... Que lea sin cesar y medite estas cortas reflexiones; ellas pueden llegar a ser su felicidad y la salvación de su alma. Es el más tierno de sus padres quien se las dedica<sup>23</sup>.

La casa de Lyon, al prosperar, provocaba, en cierto modo, una especie de pequeños celos en algunos miembros del arzobispado, entre otros del señor Cattet<sup>24</sup>; quien quiso comenzar a meter mano. Por ello, propuso al director general y al señor Coindre júnior de reunir a sus Hermanos con los del señor Champagnat. El Hermano Borgia escribió a Blois. He aquí la respuesta del buen padre Coindre, el 3 de mayo de 1826:

El carácter inquieto del señor Cattet nos da una lección sobre el proceder al que hemos de ajustarnos. Hay hombres que quieren deshacerlo todo para rehacerlo después. Desconfiemos de tal sistema. En la naturaleza no se puede rehacer nada sin antes destruirlo del todo y, aún entonces, nadie está seguro de lo que fue pulverizado vuelva a tomar otra vez parte de la nueva producción. Otro tanto acontece con

23 El Hermano Xavier, a quien se debe una copia manuscrita de las cartas del padre Coindre conservada en nuestros archivos, ha vuelto a transcribir aquí el documento original. Se podrá medir la diferencia existente con la "re-escritura", por no decir la "re-composición" literaria llevada a cabo por los autores de la Vie du Père André Coindre en la versión que publican en el apéndice de su obra, páginas 269-277.

24 Simon Cattet (1788-1858), primeramente vicario de Monseñor Molin en Viviers de 1823 a 1825, es nombrado después tercer vicario general de Lyon el 28 de diciembre de 1825 y, en calidad de tal, es el encargado de las comunidades religiosas, donde sucede al señor Jean Cholleton (1788-1852) promovido a segundo vicario general. De carácter autoritario, toma en serio su cargo queriendo poner orden en la floración de fundaciones religiosas que conoce entonces la archidiócesis. Claudine Thévenet o el padre Champagnat sufrirán mucho más que nosotros, ya que el nuevo vicario general bien pudo haber coincidido con nuestro fundador en el gran seminario de Saint-Iréné. A continuación de una visita inesperada que hizo al Hermitage en primavera de 1826, prevenido ya contra la obra del padre Champagnat, no ocultó su descontento al fundador de los Hermanos Maristas, reprochándole la falta de instrucción de sus Hermanos y prohibiéndole nuevas construcciones y en consecuencia de ocupar a sus novicios en trabajos manuales. Es en este contexto que se proponía fusionar nuestros dos institutos. El 8 de agosto de 1826, el consejo del arzobispado levantaba acta del carácter "inadmisible" de esta fusión.

las obras de la gracia. Pensar en tales fusiones, es conocer mal a los hombres y las obras de Dios. Se asemeja a la idea de fundir todos los hogares para conseguir un solo hogar y todos los estados para originar un solo estado.

Por otra parte, si están contentos, ¿que más se quiere? Pienso que no se nos molestará ya que, sin duda, nosotros no molestamos a nadie.

El ir a Monistrol para la toma de hábito es tomarse una molestia que de nada sirve, ya que esto mismo se puede hacer en Lyon sin ceremonias especiales. Además hay una autorización para hacerla y nadie nos ha excluido de ella. Por otra parte es notorio que los Hermanos llevan el hábito sin estarles prohibido, pues ningún estatuto contiene tal prohibición y, además, el gobierno permite a cada cual vestirse como quiera con tal que lleve el hábito de un instituto autorizado. De haber habido dificultades para que un sacerdote lo autorizase, no tendrían ustedes el suyo y, de paso, le recuerdo que los Hermanos de las Escuelas cristianas lo imponen sin que ningún sacerdote presida tal imposición y sin avisar al Ordinario. No veo, pues, la necesidad de pedir este permiso cada vez; con el que existe para la primera, basta hasta tanto no medie una prohibición<sup>25</sup>.

En lo tocante a los votos, sí podría haber dificultades. Quienquiera que fuera puede hacer votos a Dios de una cosa buena y mejor que su contraria y aunque este voto obliga igualmente en conciencia, aquel que se atreviese a recibirlo de una forma pública sin estar debidamente autorizado, podría ser desautorizado si el que hace el voto se quejase de ello, cambiase de actitud o quisiera apostatar. Esta es la razón por la que conviene emitirlos dentro de un territorio donde se tiene la autorización y así todo está más en regla.

Por lo demás, creo que durante las vacaciones tendré un cambio de impresiones con el señor Cattet.

No creía el buen padre Coindre que ésta fuera la última carta que dirigiría a sus hijos. Dios, que reservaba la más grande de sus pruebas a esta pequeña comunidad que acababa de nacer, les privó de su padre en el momento en el que tenían más necesidad. Su muerte acaeció el 30 de mayo de 1826. Apenas tenían cinco años de existencia, encontrándose sin experiencia y sin medios. Dicho fallecimiento les sumió en un profundo abatimiento. El Instituto contaba entonces con once establecimientos<sup>26</sup>.

25 El Hermano Borgia debió confiar al padre Coindre sus temores que el arzobispado de Lyon nos negase la autorización a efectuar las ceremonias de la toma de hábito y de la profesión porque nos resistíamos a los proyectos de unificación del sacerdote Cattet. En Monistrol en la diócesis de Le Puy, tuvimos siempre autorización.

26 A la muerte del padre Coindre, el Instituto cuenta, en efecto, con diez establecimientos en nueve localidades repartidas en tres diócesis (Lyon, Le Puy, Saint-Flour) y en cuatro departamentos (Rhône, Loire, Haute-Loire, Cantal). Se tomaron acuerdos para que, en otoño de 1826, se abrieran tres nuevos establecimientos: Vals y Blesle en Haute-Loire, Marvejols en Lozère (diócesis de Mende).

Hemos visto que en tiempos de la fundación de su obra, el padre Coindre había comprado la propiedad a medias con su padre; por haber muerto éste antes que él, había heredado la tercera parte, puesto que eran tres hermanos, por lo que su parte totalizaba  $4/6$ ; él dio todo a su hermano, con la intención de que dedicase todo lo que le tocaba al bien de la obra. A la muerte de su madre<sup>27</sup> que llegó poco tiempo después, el señor Coindre júnior se arregló con su hermana; le cedió, por la parte que le correspondía, un terreno que tenían en el Dauphiné, de suerte que toda la propiedad de los Cartujos quedaba por entero para el señor Coindre para que, a su muerte, quedase toda entera para los Hermanos. Pero después veremos cuán poco se puede contar con los hombres a pesar de la buena voluntad del momento.

Los Hermanos, encontrándose huérfanos y conociendo por otra parte las disposiciones del fundador, se reunieron para proceder legalmente al nombramiento del nuevo superior. La reunión tuvo lugar el 14 de junio de 1826. Considerando que el señor François Coindre nos había sido dado como padre-capellán y considerando que había secundado a su hermano en todas sus empresas y que, por otra parte, el padre fundador le había ya nombrado su sucesor, no había por qué dudar; se llegó a la votación con escrutinio secreto; obtuvo ocho votos sobre nueve, el otro voto fue para el señor Romain Montagnac, superior del seminario menor de Monistrol.



1827. – Sin embargo, la casa de Lyon marchaba cada día mejor; se hicieron numerosas reparaciones para estar en condiciones de recibir un mayor

<sup>27</sup> Las investigaciones efectuadas en los registros del estado civil de Lyon no nos han permitido precisar la fecha de esta defunción.

número de alumnos. Se organizaron varios talleres para ocupar a los alumnos. Se fundaron también algunas escuelas.

1828. – En 1828 se fundó L'Argentière. Fue por mediación del señor Deslèbre, alcalde de L'Argentière, que, habiendo oído hablar de nuestros Hermanos, se dirigió a nuestro superior para pedirle tres de ellos con el fin de reemplazar a los del señor Boisson de los que no estaba contento<sup>28</sup>. Cumplió con todas las condiciones requeridas en el *Prospectus*; les daba un sueldo fijo de quinientos francos por Hermano y la escuela era gratuita. Los dos Hermanos del señor Boisson se sumaron a los de nuestra congregación, teniendo en cuenta que la suya estaba en decadencia. El hecho acaecido con los Hermanos de esta escuela le dio la idea al señor Boisson, superior de los Hermanos de Nuestra Señora de la Blachère, de reunir el resto de su pequeña comunidad con la nuestra. Habló al señor obispo de Viviers el cual estuvo completamente de acuerdo sobre todo porque ya se había intentado suprimir esta pequeña congregación sin haberlo podido conseguir.

Por ello escribió a Monseñor de Bonald, obispo de Le Puy, rogándole que tratara este asunto con el superior de los Hermanos de los Sagrados Corazones. Monseñor se alegró mucho, porque, de esta manera, esperaba gozar de una autorización que los Hermanos de Viviers habían obtenido del gobierno para los Hermanos de la Haute-Loire. Como veía que no había obstáculo para que esta fusión se celebrase, pidió a Monseñor un extracto de esta autorización, rogándole le permitiera hacer uso de ella en beneficio de los Hermanos del Sagrado Corazón para así eximirles del servicio militar, extremo que le fue concedido.

Otro Hermano de Monseñor Boisson, que se encontraba solo en una casa, se trasladó también a Le Puy donde murió con el nombre de Hermano Régis. El obispo de Viviers hizo un viaje al año siguiente a Le Puy para solucio-

<sup>28</sup> Nuestros archivos conservan un corto expediente relativo a esta fusión que, en un primer momento, nos supuso el reconocimiento oficial del gobierno y por extensión al departamento de la Haute-Loire el 29 de noviembre de 1829, de la autorización concedida con anterioridad a los Hermanos de la Instrucción cristiana de Viviers para el Ardèche. Se sabe que este hecho nos imponía el apelativo Hermanos de la Instrucción cristiana que se mantuvo oficialmente en uso en Francia hasta 1900. El padre François Coindre se trasladó a Viviers en 1829, por invitación urgente de Monseñor Bonnel de la Bargerresse, obispo de Viviers desde 1826, poniéndose de acuerdo con él sobre los diferentes aspectos de esta fusión como lo recuerda en una memoria detallada redactada en 1842 en el momento en el que se preparaba la fusión de los Hermanos de Viviers con los Hermanos Maristas. Otra carta del padre François Coindre al Hermano Policarpo nos permite conocer el nombre del eclesiástico que hizo fracasar el proyecto de 1828: "El señor Mayaud, secretario del obispo de Viviers, sea dicho de paso, más obispo que el obispo mismo, se cruzó e impidió la ejecución del proyecto". La fusión con los Hermanos Maristas, que tuvo lugar en 1844, no puso en tela de juicio, como se temió en aquel momento, la ordenanza de 1829.

nar este asunto. Pero se encontró con más dificultades que las se pensaba. Quería que los Hermanos se integrasen uno a uno lo que se le negó. Quería también que las propiedades o los ingresos de su diócesis quedasen allí. Se le dijo que esto no podía ser, que los Hermanos no formando más que un cuerpo donde quieran que estuviesen, todo lo tenían que tener en común y el superior general y su consejo debían poder disponer libremente de todo. Monseñor hubiera estado muy conforme con estas condiciones pero uno de sus vicarios generales que le acompañaba consiguió disuadirlo, de tal manera que al final no hubo nada que hacer. Ambas partes se comprometieron a examinar el asunto con más tranquilidad.

El establecimiento de L'Argentière se vino abajo en 1838 por culpa del Hermano Michel que colgó los hábitos y se quedó en el establecimiento como maestro del ayuntamiento. El Hermano Borgia, por la dureza con que gobernaba, dio, un tanto, ocasión a ello. Los Hermanos de Viviers se fusionaron con los del señor Champagnat en 1844.

1827. – Habiendo muerto la señora Coindre, el señor Coindre se convirtió en libre propietario del *Clos des Chartreux*. Propuso a los Hermanos construir una capilla capaz de albergar un gran número de personas. En ese momento, el establecimiento se encontraba con algo de superávit proveniente, en parte, de dones que recibía la obra, en parte del trabajo y de algunos aportes que habían hecho los Hermanos. Se determinó comenzar estos trabajos que duraron, poco más o menos, dos años. Los Hermanos pusieron más o menos 25.000 francos en metálico. Como se construía sobre el terreno del señor Coindre y un gran número de Hermanos trabajaba en la construcción, se convino contabilizar las jornadas de los Hermanos y de tenerlas en cuenta aunque no se cobrasen más que 1,25 francos por persona y día. Esto supuso 11.000 francos. Además de las comidas que se daban a un gran número de obreros; esta construcción costó aproximadamente 40.000 francos. Los Hermanos pusieron alrededor de 36.000 francos, el resto fue pagado después.

Para indemnizar a los Hermanos, el señor Coindre los exoneró de la renta de la casa. Desde este momento, el señor Coindre dejó entender a los Hermanos que ponía sus bienes en común y que ellos, por su parte, debían desprenderse de todo por el bien general de la obra. Como los Hermanos

sentían aún el impulso que les había dado el buen fundador, no pusieron ninguna dificultad en despojarse de todo, poniendo toda su confianza en su sucesor. Pero desgraciadamente, no tardaron en darse cuenta de que la diferencia que existía entre uno y otro era enorme. Aún no se había acabado de pagar los gastos de la capilla cuando el señor Coindre se lanzó a construir un edificio para talleres y dormitorios; como actuaba sin planos, a menudo sucedía que las construcciones que mandaba hacer resultaban deficientes y algunas veces, incluso, había que deshacer lo que se había construido la víspera. Sin embargo a fuerza de trabajo y economías, y de apurar el dinero que se tenía en las casas, se llegó a hacer frente a todos los gastos. Todo esto trajo consigo las críticas de algunos Hermanos que se lamentaban de que no les dejaba nada para vivir.



Si todo hubiera acabado ahí, nada de malo hubiera sucedido, pero el “mal de la piedra” se apoderó del señor Coindre queriendo comenzar otras construcciones (1832). Esta vez, quiso construir para sí. Comenzó a construir una pequeña casa en la parte baja de su propiedad con el fin de arrendarla y de esta manera obtener sus beneficios. No sé con precisión lo que gastó pero cuando la hubo acabado, no tenía con que pagar. Nuestros recursos ya no le eran suficientes. Por desgracia, gran número de suscriptores del establecimiento se dieron de baja al acabar sus cinco años de suscripción y se inclinaron hacia otra parte. He aquí la razón.

Nuestro establecimiento no podía recibir más que un pequeño número de muchachos comparado con la multitud que corría por las calles de Lyon,

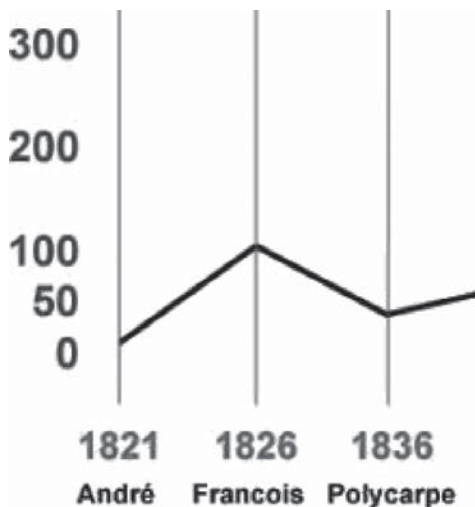
hecho que llevó al señor Rey, sacerdote y capellán de Saint-Joseph, a crear un establecimiento gigantesco; preparó Hermanos bajo la denominación de Hermanos de Saint-Joseph; compró una gran propiedad en Oullins, cerca de Lyon, para instalar su obra; la presentó a gran escala ante los ojos de los habitantes de Lyon de tal manera que todas las almas bienhechoras se volvieron hacia él<sup>29</sup>. Por aquel entonces nuestros administradores nos notificaron que no podían tener el mismo número de alumnos que anteriormente, visto que los recursos habían disminuido mucho. Nos vimos obligados a tomar la obra por nuestra cuenta. No obstante, les rogamos que continuaran recibiendo los dones voluntarios de aquellos que se dejaron llevar por su buena voluntad; lo hicieron de buena gana, pero sin ningún compromiso.

1835. – El señor Coindre, aún viendo que las estábamos pasando muy estrechas a causa de las distintas obras que había emprendido, quiso acometer nuevas construcciones. Para hacerlas de una forma más económica, quiso poner un horno de cal en su propiedad, después una tejería. Pero la cal, las tejas y los ladrillos le salían más caros que si los compraba en los comercios. No obstante comenzó a construir la fachada de la gran casa. Un gran número de obreros fueron contratados. Cuando los muros fueron terminados, como había empleado muchos ladrillos, antes de poner el tejado, consultó a un fabricante de tejas de la ciudad para pedirle que viniera a ver sus construcciones y a examinar los ladrillos que había empleado. Éste último le dijo, tras haber visto los ladrillos, que no eran buenos, que no resistirían a las heladas, y que su casa corría el peligro de hundirse. El señor Coindre no se dio cuenta que eran los celos los que hacían hablar a este hombre.

Entonces le entró una melancolía horrorosa; hizo demoler primeramente un piso, y hubiera derribado toda la construcción si no le hubieran calmado. No obstante, se puso el tejado y los ladrillos no se movieron más que si hubieran sido de piedra y la casa se quedó con un piso menos. Pero el mal mayor fue los gastos espantosos que se habían hecho. No se sabía ya dónde encontrar el dinero. Las economías de los establecimientos, sumadas a otros recursos, ya no eran suficientes. Entonces cayó en una fuerte melancolía.

<sup>29</sup> El padre Joseph Rey (1798-1874), ordenado en 1821, llegó a ser capellán de la casa-madre de las religiosas de Jesús-María de Fourvière a finales de 1829. En el momento de la construcción de la capilla, se hizo arquitecto-empresario e incluso albañil para disminuir los gastos. Abandona su puesto de forma inesperada en 1835, pero la obra del padre Coindre le inspira la que va a fundar en Oullins, el refugio de Saint-Joseph, donde recoge un centenar de muchachos pobres o vagabundos.

Se temió que perdiera la cabeza. El Hermano Borgia, que acababa de perder [en el margen: 1836] a su hija – que dejaba una herencia de 10.000 francos – habría podido curarle. Pero este último, en lugar de ayudarlo, viendo que todas las construcciones se hacían sobre un terreno que no pertenecía a la congregación, prefirió retirarse. Ya el Hermano Augustin se había retirado poco antes, de tal forma que los buenos hombres, con los que el buen padre fundador había contado tanto, acabaron por apostatar; es verdad que el Hermano Augustin no había hecho los votos perpetuos; pero el otro sí. Todo esto fue un gran golpe para nuestra pequeña congregación. Ya en 1830, un cierto número de Hermanos se habían dispersado por temor a los acontecimientos revolucionarios. En todas las obras que el señor Coindre mandaba hacer, empleaba casi todos los novicios, de tal manera que éstos no podían formarse para la enseñanza. En esta hipótesis, todos se encontraban muy desanimados. El señor Coindre estaba a punto de sacrificar sus propiedades a sus acreedores y de abandonar todo.



Lo habría hecho si no hubiera encontrado allí un pobre hombre que se le opuso; era el Hermano Xavier que, hasta entonces no se había ocupado más que de los talleres. Pero viendo que la congregación iba a perecer si no se evitaba el descalabro, se armó de valor y prometió al señor Coindre resolver los problemas a condición de que él dejara de construir, cosa que el señor



Coindre le prometió de buena gana aunque no veía cómo podría hacerlo. La primera preocupación del Hermano Xavier fue la de levantar el ánimo del señor Coindre; sin duda que le costó lo suyo; durante varios meses, le paseaba del brazo por el jardín, exhortándole a cobrar ánimos, a confiar en la Providencia. A partir de este momento el Hermano Xavier tomó la dirección general de todos los asuntos. Visitó las casas, recomendó a los Hermanos una gran economía; remontó la moral de los que se habían dejado abatir; no hubo más que el Hermano Louis de Montfaucon que hizo oídos sordos a sus consejos<sup>30</sup>. El señor párroco contribuyó un tanto a ello; como existían algunas razones para cambiarle, el Hermano Louis le hizo comprender que no había nadie formado para reemplazarle y que, si quería él, se quedaría para continuar en la escuela de manera independiente. El señor párroco en lugar de hacerle cambiar de idea, le animó a hacerlo; viendo esto, el señor Coindre envió cartas con la obediencia a los otros y el Hermano Louis colgó los hábitos. Después de las visitas, el Hermano Xavier se preocupó de la formación de los novicios. Activó el trabajo en los talleres, comprometió a los antiguos suscriptores para que continuaran haciendo algunos pequeños sacrificios en favor de la obra del Pieux-Secours. Como existían algunos acreedores que apremiaban demasiado, el señor Coindre les concedió obligaciones pagándoles el interés. No obstante, el Hermano Xavier les había pagado gran parte de las deudas; el señor Coindre había recuperado su primitiva tranquilidad.

Pero pronto olvidó la promesa que había hecho. Una de sus parientes habiéndole prestado 10.000 francos para que quedase libre de deudas, en lugar de pagarlas, comenzó de nuevo a construir otra pequeña casa, bajo el pretexto de apuntalar otra que no parecía muy sólida. El Hermano Xavier hizo todo lo posible para que se volviese atrás, recordándole la promesa que le había hecho hacia poco tiempo. Pero la enfermedad era tan profunda en él que no hubo medio de que echase marcha atrás.

Además de esto, hizo aún otro intento de construcción que por poco le aniquila a él y a toda la congregación a no ser que la Providencia no hubiera velado por ella. He aquí la historia. Uno de sus amigos vino a decirle un día

30 El Hermano Xavier nos cuenta aquí un episodio muy anterior a 1835 ya que el Hermano Louis abandona el Instituto a más tardar en 1832, conservando en su provecho la escuela de Montfaucon de la que era director.

que había hecho un descubrimiento formidable. "Se trata de un parálítico que posee el arte de la pintura sobre vidrio. Esta pintura se había perdido por entero tras la Revolución; este el único que posee estos secretos; si se los lleva, se acabó, ya no existirá pintura sobre vidrio. Le aconsejo hable y entiéndase con él antes de que muera. Es un negocio, dijo, ahí hay montañas de dinero a ganar." El pobre señor Coindre, tan crédulo, le hizo venir, tratan. El señor Rodet, (es el nombre del individuo) se encargó de formar alumnos en pintura sobre vidrio y de enseñar todos los secretos del arte mediante el pago de 100.000 francos; pidió 150.000 francos pero al final quedaron de acuerdo en 100.000; firman el contrato ante el señor Casati, notario<sup>31</sup>, y se comienza el trabajo; se construye un horno y se compran todos los instrumentos necesarios al efecto. Se hicieron algunas muestras insignificantes, pero cuando se trató de conseguir algunos colores difíciles, el señor Rodet y su señora no pudieron dar con ellos. En este intervalo, un librero, amigo del señor Coindre, vino un día a comer con él. Durante la comida, se habló de la pintura sobre vidrio: el librero recordó que había en una enciclopedia un tratado de pintura sobre vidrio; el Hermano Xavier que no estaba lejos, le oyó; sale en el acto, va a la tienda del librero y le pide al empleado la obra en cuestión. Pronto el Hermano Xavier se puso a manipular los colores que el señor Rodet no había podido conseguir lográndolos a la perfección. Entonces se le demostró al señor Rodet que los secretos no se habían perdido porque se encontraban en los libros. Acto seguido se fue a ver al señor Casati con el fin de anular el compromiso, mostrándole la obra en cuestión. Se despidió al señor Rodet y se dejó de lado la pintura sobre vidrio teniendo en cuenta que ello exigía demasiadas molestias a los Hermanos. Todo esto supuso una pérdida de tres mil o cuatro mil francos.

Por último el señor Coindre, a fuerza de obrar a su antojo (escuchaba los consejos de los obreros, a quienes daba trabajo, antes que los de los Hermanos), se encontró al cabo de dos años con 65.000 francos de deuda, [en el margen: 1838], y si el Hermano Xavier no hubiera comprobado el balance de sus obras, aún no hubiera dejado de construir. Esta vez creyó haber per-

31 Jean-César Casati poseía un estudio de notario en Lyon, calle Lafont, nº 2. Lo encontramos entre los primeros suscriptores del Peux-Secours y su afecto a la obra y al fundador le valen un puesto, como secretario, en el consejo de administración del establecimiento; bajo este título redacta el informe para la asamblea general de suscriptores. Tenía la confianza de los padres André y François Coindre y aseguraba la gestión de sus bienes.

dido la esperanza; sus acreedores se dieron cuenta y todos querían cobrar. Resuelto a entregarles todos sus bienes, confiesa al Hermano Xavier que, al ver que la congregación estaba obligada a dispersarse, estaba desesperado y que, sin duda, era por su culpa, que no veía remedio alguno y que los Hermanos careciendo de casa, se verían obligados a encontrar cobijo en sus familias.

Entonces le entró una depresión tremenda, pasó varios meses sin querer ver a otro que no fuera el Hermano Xavier que trataba de levantarle la moral. Pero no se le ocurría ningún medio para salir del problema. Entregando sus propiedades a los acreedores, no tendría con qué pagar porque, de momento, tenían poco valor. Entonces el Hermano Xavier, al que non preocupaba más que el bien de la congregación y el honor del señor Coindre, creyó que había llegado el momento de tomar una resolución drástica. Propuso al señor Coindre, que ya quería entregar todos sus bienes a sus acreedores por el recibo de sus deudas, hiciera una venta de los mismos a la congregación y que él personalmente se encargaba en nombre de la congregación de pagar todas sus deudas. Ante esta sugerencia se le abrieron los ojos y mirándome con una mirada de esperanza, me dijo: "¿Cree usted, de verdad, que saldrá a flote?" "Yo espero, le dije, que con la gracia de Dios, salvaré su honor y la congregación. Pero es necesario que usted se libere de la administración de todo lo material". "¡Ah, lo hago gustoso, me dijo! Veo que he abusado demasiado." Entonces se fue calmando poco a poco y recuperó la tranquilidad habitual.

Entonces fui a ver al señor Casati, notario. Le puse al corriente de la situación del señor Coindre y de la determinación que yo acababa de tomar para evitar su fracaso. Le informé que el señor Coindre tenía 40.000 francos de obligaciones; que para pagarlos, tenía necesidad de un préstamo de una suma igual encareciéndole me procurase dicha suma, corriendo la hipoteca a cargo de la casa; que los otros 25.000 francos de deudas escandalosas se los pagaría poco a poco; se pactó el asunto. Antes de firmar, el señor Coindre me envió a Le Puy con una bellísima carta (estoy muy enfadado por haberla perdido) en la que expresa el cariño más entrañable que un padre pueda tener a sus hijos. Les dice, en términos muy cordiales, que les cede todos sus bienes, que la confianza que tiene en ellos le lleva a hacer este sacrificio,

que espera que los Hermanos no le abandonarán en su vejez, poniéndose en sus manos<sup>32</sup>, etc.

Hasta entonces, el pobre Hermano Xavier había soportado él solo el peso de las desgracias. Llegado a Le Puy, es decir a Paradis, pone al tanto de todo al Hermano Policarpo, el único al que creyó poder poner al corriente, por temor a que cualquier otro se hubiese desanimado. Entonces reunió a los Hermanos Martin, Benoît, Policarpo y les leyó la carta del señor Coindre. Quedaron sorprendidos, al menos los que no conocían su situación. Entonces se pasó al asunto de la adquisición de la propiedad de Paradis. Hacía un año que nos habíamos comprometido a comprarla. Pero su compra tuvo lugar el 24 de septiembre de 1838 a nombre de los Hermanos. (Por entonces llegaron a Paradis los novicios de Lyon para que recibieran una formación más cuidada.) Terminado todo, el Hermano Xavier salió para Lyon. No faltaba más que firmar el contrato de venta de los bienes del señor Coindre. Pero éste ya había cambiado de parecer.



El señor Montagnac<sup>33</sup>, habiendo tenido noticias de la situación del señor Coindre, viajó a Lyon para levantarle la moral y consolarle. Pero parece que le había aconsejado no desprenderse de sus bienes hasta su muerte. Esto me dio a entender cuando le dije que había que firmar el contrato de venta de sus bienes. Me dijo entonces que nos cedería la casa que ocupábamos

32 Nuestros archivos conservan esta carta del 19 de septiembre de 1838 de la que el Hermano Stanislas ha publicado los párrafos más significativos en *Superiores Generales 1821-1859*, páginas 90-91. Es a partir de esta decisión del padre François Coindre que se constituyó una sociedad civil, el 25 de septiembre de 1838 que reglamentará los intereses de los Hermanos durante el siglo XIX. El artículo 3º nombra al Hermano Xavier gerente y administrador de los asuntos de la sociedad.

33 Se trata aquí de Romain Montagnac, a la sazón párroco de Yssingeaux y no de su hermano Pierre como indica, por error, el Hermano Stanislas (*op. cit.*, pág. 92). La memoria presentada por el consejo general al cardenal de Bonald en el invierno 1841-1842 precisa que el "señor Montagnac, párroco de Yssingeaux, fue a verle a Lyon"; Pierre Montagnac no ha sido jamás párroco de ese lugar.

con sus dependencias pero que se reservaba el resto ya que no quería despojarse de sus bienes antes de morir. Yo quedé muy sorprendido por este cambio. Pero, ¿qué podía hacer? Por supuesto que, si yo hubiera consultado a los hombres, todos me hubieran aconsejado abandonar al señor Coindre con sus propiedades y sus deudas. Si se lo hubiera dicho a nuestros Hermanos, hubieran perdido toda su confianza en él y se hubieran, quizá, dispersado. Yo no escuchaba, pues, más que la voz de mi corazón que, hasta entonces, me había hecho triunfar en todas las dificultades. A pesar suyo, por decirlo así, yo quería salvarlo porque si yo me hubiese retirado, sus acreedores se le hubieran echado encima. Por otra parte, yo tenía siempre presentes en mi espíritu las recomendaciones de nuestro padre fundador. Yo quería salvar su obra a toda costa.

Fuimos, pues, a casa del señor Casati para acabar con este asunto y firmar el contrato de venta de sus bienes que es, sin duda, el contrato más "inicuo" que jamás haya tenido lugar bajo la capa del cielo. Se ve por las restricciones que encierra en sí mismo. Primeramente, se reserva un cuerpo del edificio vendido. En segundo lugar, transforma todas las paredes en medianeras para así fastidiar a los Hermanos cuanto pueda y obligarles en el futuro a no poder pasarse del resto de su recinto. Tercero, en su venta incluye un mobiliario que no le pertenece porque ya era propiedad de los Hermanos. En cuarto lugar, valora su casa en 40.000 francos, sin embargo los Hermanos deben pagar 65.000: el total de sus deudas. En quinto lugar, sobre la venta manifiesta que, si es que un día quisiera recuperar sus bienes, lo podría hacer reembolsando solamente la suma de 40.000 francos, sin tener en cuenta lo que los Hermanos habían dado para la construcción de la capilla y otros edificios y sin tener en consideración el mobiliario, en el que se había empleado mucho dinero, particularmente en el montaje del taller de escultura y otros talleres. En sexto lugar, se reserva varios objetos muebles que se hallaban en la casa.

Se ve, por esta manera de obrar, que el señor Coindre es un dictador que impone un yugo muy duro a sus súbditos. Pero una vez más, ¿qué se podría hacer? Es un padre, es un superior el que habla. El pobre Hermano Xavier creía simplemente que el señor Coindre quería, a toda costa, gobernar la congregación y si obraba así era solamente para ganar dinero; en manera

alguna dudaba de su actitud en favor de los Hermanos. Desgraciadamente, se equivocó. Pero prefería equivocarse antes que tener la más mínima duda en cuanto a la actitud del señor Coindre.

1839. – Terminadas las primeras construcciones de Paradis, se instalaron allí todos los novicios con destino a la enseñanza<sup>34</sup>. El señor Arnaudon tomó posesión como capellán. Monseñor de Bonald, conociendo un poco la posición del señor Coindre y su negligencia en la formación de los novicios, recomendó, de manera particular, velar para que no hubiera tejemanejes y para que se trabajase seriamente en su formación. Este año se perdió el establecimiento de Craponne: El Hermano Antoine colgó los hábitos y se quedó con el establecimiento. Pradelles se vino abajo poco más o menos en el mismo tiempo<sup>35</sup>. En Lyon, el Hermano Xavier no estaba exento de trabajo y de preocupaciones. Los acreedores le presionaban por todas partes. Se vio obligado a coger 3.000 francos de casa del señor Casati de la suma destinada al señor Coindre. Hubiera cogido más, visto que no era suficiente, pero este último prohibió al señor Casati entregarle más. Éste fue el golpe de gracia: desde este momento, el Hermano Xavier retiró toda la confianza que tenía en el señor Coindre y creyó que no debía pensar más que en salvar la comunidad.

Visitó las casas. Prohibió a los Hermanos dar más dinero al señor Coindre informándoles de su actitud para con ellos. Después de esto trató de liquidar la deuda de la compra de la casa de Paradis<sup>36</sup>. Rogó a Monseñor de Belchamps que tuviese la amabilidad de permitir a los Hermanos adelantar los pagos, cosa que éste último les concedió.

El Hermano Xavier obraba así porque preveía que en Lyon habría cisco y que era muy urgente disponer con rapidez de una casa para los Hermanos. Comunicó su deseo a los Hermanos directores que le secundaron y al final

34 Por su propia autoridad, el padre François Coindre estableció una distinción entre los Hermanos dedicados a la enseñanza y los "coadjutores" encargados de los trabajos manuales. Esta diferencia que aparece por primera vez en el momento de la toma de hábito en febrero de 1827 no parece haber sobrevivido el año 1830. No obstante, será necesario esperar el capítulo de 1874 para que desaparezcan, de manera definitiva, algunas diferencias entre Hermanos enseñantes y no enseñantes.

35 Como el Hermano Louis lo había hecho con anterioridad en Montfaucon, el Hermano Chrysostome (Étienne Chave), director de Marvejols de 1827 a 1833, abandona el Instituto conservando a título personal la dirección de la escuela de Pradelles donde estaba destinado.

36 El acta de venta del 24 de septiembre de 1838 estipulaba que la propiedad de Paradis sería pagada en cuatro plazos, el primero, el 1 de octubre de 1839 para "continuar en idéntico día los años siguientes". El 1 de octubre de 1840, el señor de Belchamps, capitán retirado, caballero de la orden real y militar de Saint-Louis, libera a los señores Arnaud y consortes de "la suma de 10.000 francos, montante en dinero que quedaba por pagar con respecto a la suma acordada (...) el 24 de septiembre de 1838".

del año escolar había en caja 10.000 francos para pagar Paradis. En cuanto al señor Coindre, en lugar de pagar sus deudas, dejó dormir su dinero en casa del señor Casati. Se puso a construir su gran casa sobre la planicie del *Clos Monérie*. Cogía dinero a medida que lo necesitaba: así los Hermanos pagaban el interés de 40.000 francos que no producían nada. Por otro lado, el señor Coindre pagaba interés sobre los 40.000 francos del préstamo. Era una forma hábil de arruinarse.

1840. – El señor Coindre, viendo que el Hermano Xavier había hecho el propósito de no meterse en asuntos ajenos, es decir en los del señor Coindre, y que trabajaba seriamente por separar los intereses de la congregación de los suyos, se disgustó. Se dio cuenta que los Hermanos, respetando siempre su carácter, le volverían la espalda; sin embargo creyó que podía hacer frente al golpe. Por ello quiso presidir el retiro anual que se hizo en Paradis. Todos los principales Hermanos se encontraban allí reunidos. Antes de finalizar el retiro, el señor Coindre reunió el capítulo. El Hermano Xavier fue acusado de querer desviar los bienes de la comunidad en su provecho y de otras cosas aún más graves de las que, bien sabe Dios, para nada era culpable. Pero la intención del señor Coindre era forzar al Hermano Xavier a retirarse, o al menos de relevarle de la administración de los bienes temporales. El señor Coindre, viendo que el Hermano Xavier permanecía impasible y que no había abierto la boca para hacer la más mínima observación, creyó haber llegado el momento oportuno para quitarle del cargo; lo hizo, en efecto, nombrando al Hermano Policarpo en su lugar<sup>37</sup>. Todo esto pasó en la obscuridad de la noche, en el momento en que todo el mundo estaba acostado. El pobre señor Coindre temiendo que los Hermanos se sublevaran, les prohibió bajo pena de pecado, reunirse y hablar de todo lo que acababa de suceder. Al día siguiente, día de clausura del retiro, después de comer, los miembros del consejo fueron, dirección de la ermita, a dar un paseo. El Hermano Xavier, sonriendo, les dijo: “¿Qué, mis queridos Hermanos, no

37 El carácter conflictivo del desarrollo del capítulo del 23 de septiembre de 1840 aparece hasta en el proceso verbal. Tras el examen y aprobación de los estatutos, el padre François Coindre se apodera del registro y cita el mismo “en consecuencia, nos, padre François Vincent Coindre, superior general, hemos nombrado nuestro primer asistente al Hermano Policarpo, nuestro segundo asistente al Hermano Alphonse, nuestro secretario al Hermano Xavier”. Despojada del título de primer asistente que poseía desde 1824 y que el capítulo de 1835 le había renovado por una elección regular, el Hermano Xavier es confinado a la función de secretario para la que carecía de capacidad. En efecto, el padre François cree privarle a la vez de una influencia que él juzga nefasta y de la administración de los bienes, confiada al Hermano Marie-Joseph, elegido economo general por el capítulo. En realidad, en nombre de la sociedad civil preconizada por el superior, el Hermano Xavier conserva el cuidado de lo temporal, lo que le confirmarán los capítulos de 1841 y de 1846 nombrándole economo general.

queréis excomulgarme con lo malo que soy?" Y, la risotada se dejó oír. En este paseo se quedó en que, por la tarde, tendría lugar una reunión para hablar de los intereses de la congregación. En ella, el Hermano Xavier pondría la necesidad de liquidar la deuda que suponía la compra de la casa de Paradis para no estar siempre pagando los intereses, decisión en la que todos deberían estar de acuerdo. Esto se hizo a propósito. El señor Coindre quedó muy sorprendido cuando el Hermano Xavier propuso pagar Paradis diciendo que tenía el dinero, en billetes de banco, en su bolsillo. El señor Coindre no se atrevió a ir en contra del parecer de los Hermanos. Vio que era un asunto ya concertado de antemano. Desde ese momento, el buen Hermano Policarpo fue mirado como director general de la congregación. Pero el señor Coindre en lugar de perder su autoridad parecía recuperarla. No obstante los Hermanos se guardaron muy bien de volver a poner en sus manos los asuntos temporales.

Dados los destinos, el señor Coindre volvió a Lyon y el Hermano Xavier también. Este último tuvo que trabajar de lo lindo para pagar las deudas escandalosas del señor Coindre. Sin embargo, cuanto mayor era el ajetreo, mayor era su valentía y tanto más la inspiraba a sus Hermanos. En el espacio de tres años, prácticamente se las había liquidado.

No es extraño que, en este período de doce o trece años, no se haya avanzado. Es incluso, un milagro de la Providencia que se haya podido mantener<sup>38</sup>.

El señor Coindre continuó su construcción. Para él era muy cómodo, tenía dinero cuando quería. Pero no se le ocurrió reducir sus deudas. Su dinero dormía y seguía pagando siempre los intereses.

Sin embargo, los Hermanos se encontraban en una posición falsa porque si el señor Coindre volvía otra vez a las andadas con nefastas construcciones, daría una mala imagen de la congregación, visto que él era su superior. Haría falta hacerle dimitir; pero esto no era fácil. El Hermano Xavier habló a Monseñor el cardenal de Lyon; su eminencia estaba ya un tanto al corriente. Dijo que había que deshacerse de este hombre porque mientras estuviese a la cabeza de la congregación ésta no podría marchar. El señor Coindre sabía,

38 Aquí se acaba el primer cuaderno escrito por el Hermano Xavier. El relato se continúa en un segundo, del mismo tipo.



sin duda, que Monseñor el cardenal estaba al tanto y, por esta razón, evitaba encontrarse con él. Sin embargo era urgente no prolongar demasiado este asunto.

1841. – El señor Arnaudon nos ayudó a encontrar una solución. Se trataba de decirle al señor Coindre que los Hermanos tenían la intención de citarle ante un tribunal de ellos para que rindiese cuentas de todo el dinero que había recibido de los mismos, bien sea de los ahorros de los establecimientos, como de donaciones. Para ello, el señor Arnaudon hizo expresamente un viaje a Lyon, como si fuese a escondidas, dándole a entender que, como amigo, le hacía saber todo aquello con el fin de liberarle de todo desasosiego. Este proceder fue todo un éxito; el señor Coindre le prometió presentar su dimisión. Éste cumplió su palabra entregando su carta de dimisión al señor Arnaudon quien la hizo pública en la reunión del retiro, dimisión que fue aceptada con alegría<sup>39</sup>.

Todo no acaba ahí. Al presentar su dimisión, el señor Coindre reclamaba una pensión vitalicia, alegando que se había sacrificado por los Hermanos que ahora le abandonaban. Las quejas que presentaba eran lamentables. Acusó al Hermano Xavier, además de otras cosas un tanto fútiles, haber substraído, 10.000 francos que le pertenecían de casa del señor Casati. Al fin, prefirió que el problema se solucionara en presencia del obispo de Le Puy. Se aceptó la idea porque se creía necesario acabar con este asunto. Una vez ante Monseñor, comenzó a hablar de todo lo que había hecho, principalmente de la construcción de la capilla que le había costado 40.000 francos, se guardó muy bien de decir que la habíamos pagado nosotros con nuestros dineros y sudores. Por decencia, el Hermano Xavier no quiso interrumpirle, pensando que, a su vez, se le concedería la palabra. Pero no fue así, cuando hubo terminado la enumeración de sus supuestos favores, se indignó de tal forma que le faltó poco para romper, a puñetazos, la mesa de mármol que tenía delante, mientras lloraba y se lamentaba. Monseñor y el señor Montagnac le calmaron poco a poco. Por último, se le preguntó qué es lo que deseaba. Respondió que quería que se le concediera una renta de 600 francos al año y al momento 10.000 francos o bien 14.000 francos al contado.

<sup>39</sup> El texto íntegro de la carta del 21 de agosto de 1841 por la que el padre François Coindre puso fin a sus funciones de superior general ha sido publicada en *Superiores generales 1821-1859*, páginas 97-99.

Como había que deshacerse de este hombre, no se meneó más el asunto. Se le notificó que estábamos dispuestos a concederle la suma que solicitaba, rogándole dejara una delegación al señor Montagnac para poderla cobrar en su nombre.

Para complacerle, nos vimos obligados a pedir prestada esta suma al señor Bonnet. Se le dio 14.369 francos, firmó el finiquito declarando que nunca jamás volvería a pedir más. Sin duda, se creerá que todo acabó así, pero... ¡qué va!

Como queda dicho anteriormente, el señor Coindre, en sus construcciones gastaba más de lo que se esperaba, ya que, muy a menudo, hacía y deshacía de nuevo, de tal forma que cuando hubo terminado su casa, se encontró con 60.000 francos de deuda. Y he aquí cómo: en primer lugar porque no había pagado los 40.000 francos que debía al principio ya que aún los tenía el señor Casati a su disposición. Este último quebró y murió viniendo de París donde había ido para defender un pleito. El señor Coindre tenía todavía en casa del señor Casati unos 6.000 francos de los que no recuperó gran cosa. Todo esto no estimuló al pobre señor Coindre; independientemente de lo que hubiera sido, él nos dijo que debía 60.000 francos. No sabiendo cómo salir de este atolladero, tomó la resolución de recuperar la casa que había vendido a los Hermanos. Y la puso en venta. La señora Daringue se presentó para comprarla.

Entonces el señor Coindre comunicó al Hermano Xavier que se retirase. Éste no pudiendo alegar ya que el acto de venta le daba el derecho al señor Coindre, envió a todos los Hermanos a Le Puy y dio vacaciones a los muchachos enviándoles a sus casas. Así acabó la casa del Pieux-Secours por la que nuestro pobre fundador hizo tantos esfuerzos. En cuanto al Hermano Xavier, quedó solo en la casa para solucionar algunos asuntos y recibir de manos del señor Coindre los 40.000 francos que debía devolver. Por otro lado el Hermano Xavier no quería dejar todo el mobiliario en la casa, aunque tenía la idea de venderlo, porque este mobiliario pertenecía a los Hermanos antes de que se comprase el Pieux-Secours. Mandó, pues, a Paradis todo lo que pudo. El señor Coindre estaba allí, casi de continuo, para impedirselo, aún así, el Hermano Xavier siempre encontraba el momento preciso para dar salida a alguna cosa más.

La señora Daringue quería comprar esta propiedad para poner allí una providencia de muchachas. Pero este asunto no acaba de solucionarse ni tampoco nosotros teníamos prisa en salir. Mientras tanto el Hermano Xavier tenía tiempo para decir adiós a sus amigos y para agradecer a todos aquellos que le habían prestado algún servicio. Cuando se hubieron enterado en Lyon que el señor Coindre echaba a la calle a los Hermanos, se lanzaron anatemas contra él. "He aquí un buen sacerdote, decían, después de haber derrochado el trabajo de esos pobres Hermanos, haberles hecho pasar ahí toda su juventud, haber sacrificado su salud, todo lo que tenían, ahora los echa a la calle! ¡Qué atrocidad!" Este murmullo circuló por todas las calles de Lyon, de tal manera que el señor Coindre no se atrevía a aparecer en público.

Entre tanto la señora Daringue le ofrecía 50.000 francos por la casa; estaban más o menos de acuerdo, pero ella se había reservado su punto de vista, es decir de hacerla visitar por un arquitecto o un conocedor del asunto. Vinieron pues, un día; dieron una vuelta por la casa, visitaron todo muy escrupulosamente. Después de haber visto todo, haber examinado todo, haber sopesado todo, le dijeron a la señora Daringue que tenía que gastar al menos 30.000 francos para adaptar esta casa para lo que ella quería. La señora pidió un tiempo para reflexionar. Después de haberlo pensado, se dijo para sí: 50.000 francos por un lado, 30.000 por otro, todo sumado hacen 80.000 francos, es demasiado cara. Escribió al señor Coindre diciéndole que no contase con ella porque su casa estaba en muy malas condiciones, y porque las reparaciones que había que hacer eran muy costosas. El señor Coindre se cogió los dedos al creer que su asunto había terminado. Buscó otros compradores pero nadie se presentó. El nombre del señor Coindre no se pronunciaba en Lyon más que como infamia.

Sin embargo el tiempo corría; el Hermano Xavier, que se aburría al estar solo en el establecimiento, sin hacer nada, le dijo al señor Coindre que ocupara su casa y que devolviese los 40.000 francos, o por el contrario, que la vendiese de una vez, ya que él no podía seguir allí perdiendo el tiempo, teniendo tanto trabajo en otras partes. El señor Coindre se encontraba en una posición muy molesta: por una parte, nadie quería su casa; y, por otra, no tenía 40.000 francos para darnos ya que se encontraba sin un centavo; sin embargo, le daba pena vender definitivamente la casa, porque ya no goza-

ría de ascendiente sobre los Hermanos. El Hermano Xavier tomó la decisión de ir a ver a uno de los antiguos suscriptores, el señor Nouvetet, hombre de bien, en el que el señor Coindre tenía mucha confianza; le puso al corriente de todo lo que había sucedido y de la posición en la que se encontraba; le rogaba, en atención a que tenía la confianza del señor Coindre, le animase para que se decidiese a vendernos definitivamente la casa, con el fin de sacar partido de ella, y porque el pago de los intereses acabarían arruinándonos. Comprendió muy bien nuestra postura; gustoso se encargó de que el señor Coindre tomase una determinación al respecto tanto más cuanto que se trataba de un asunto justo.

Acabó, en efecto, por acceder. Si se hubiera atrevido, hubiera pedido todavía alguna cosa más, pero creyó mejor dirigirse a la señora Daringue para exigirle que pagase los gastos que había supuesto su negativa a comprar la casa. Esta pobre mujer, por tener paz, le dio 1.000 francos. El Hermano Xavier, que había pasado solo casi un año, se puso a reflexionar qué podía hacer con esta casa ahora que pertenecía definitivamente a la congregación. Estaba harto de los oficios, todo había sido dispersado; tomó la decisión de implantar un internado. Puso al tanto de este proyecto al Hermano Policarpo quien lo consideró muy oportuno. Informó a sus amigos del plan, quienes comenzaron a procurarle algunos alumnos. No obstante no era del todo fácil implantar un internado en una casa que acababa de ser habitada por obreros, en una casa que había sido mirada durante largos años como casa penitenciaria. Sin embargo, como el Hermano Xavier no contaba con sus fuerzas sino más bien con las de la Providencia, no temió por el éxito. Es verdad que el primer año, no hubo muchos alumnos, pero cada año el número iba siempre creciendo.



A partir de ese momento, el Hermano Xavier comprendió el valor de los estudios: había pasado su vida en los talleres de mecánica y de oficialía sin

tener nunca un minuto para estudiar, a pesar de que le hubiera servido tanto en su nueva posición. Dándose cuenta de lo que le había faltado en su formación, tomó la decisión de hacer todo lo posible para hacer estudiar a sus Hermanos y así rogó al Hermano Policarpo que le enviara algunos Hermanos inteligentes para lanzarlos en el campo de las ciencias, no solamente para enseñar a los niños sino, sobre todo, para poder dirigir la congregación, ya que la experiencia le hacía sentir esta necesidad; les proporcionó profesores particulares, les envió a cursar estudios oficiales en la ciudad. Por lo que a él respecta, se encargaba de todas las vigilancias para darles más tiempo.

La congregación comenzaba a marchar. Se recobraba el ánimo, la confianza comenzaba a renacer. Pero aún no había acabado todo. Parecía que todos los demonios se habían coaligado contra esta pequeña congregación. El señor Arnaudon, habiéndonos echado una mano para obtener la dimisión del señor Coindre, creyó sin duda que tenía el derecho de ponerse en su lugar, porque desde ese momento, el señor Arnaudon tomó un ascendiente sobre el superior general y sobre los demás Hermanos que pronto, la congregación creyó que tenían otro Coindre a su cabeza. El Hermano Xavier, relegado, por decirlo así, a la casa de Lyon, no tenía casi comunicación con los demás Hermanos. Sin embargo, de vez en cuando, oía algunas críticas. Para poner remedio, presentó sus quejas al pobre Hermano Policarpo. Este respondió que, en efecto, este hombre estaba cobrando demasiada autoridad, que él mismo sufría mucho, pero que no podía impedirlo.

Fuimos obligados varias veces a presentar nuestras quejas a Monseñor el obispo de Le Puy<sup>40</sup>, pero el señor Arnaudon, con palabras bonitas, echaba por tierra todo lo que se había podido decir; ponía siempre por delante que los Hermanos eran ignorantes, que no sabían hablar, ni gobernar, que él estaba obligado a hacer todo, que estaba agobiado de trabajo, etc., etc., de tal forma que los Hermanos acababan por ser los criadillos del señor Arnaudon.

40 Monseñor Pierre-Marie-Joseph Darcimoles (1802-1857), obispo de Le Puy de 1840 a 1846, transferido después a Aix-en-Provence donde muere a principios de 1857, a la edad de sólo 54 años. Habrá que esperar a su sucesor en la sede episcopal de Le Puy, Monseñor de Morlhon, obispo de 1847 a 1862, para que se solucione, a finales del año 1849, este conflicto de autoridad mediante el alejamiento del sacerdote Arnaudon de la casa de Paradis (Cf. carta del 2 de enero de 1850 dirigida por el Hermano Policarpo a los Hermanos de América, *Positio*, Roma, 1968, pág. 128).

Este señor llegó hasta darle a entender a Monseñor que esta obra era una obra de la diócesis y que él ponía todo su interés para que fuese un éxito. En efecto, temía que, tarde o temprano, la casa de Lyon hiciera sombra a la de Le Puy. Incitó al Hermano director general a escribir al Hermano Xavier para que vendiese esta casa; éste respondió que ello no era posible y que aún en el caso que encontrase comprador, no lo haría porque era la casa-madre. El año 1845, los Hermanos hicieron una compra en Marvejols. El señor Arnaudon quería también vender dicha propiedad, temiendo que este establecimiento hiciese sombra al de Le Puy. Por último, encontrándose en Lyon en 1847 el Hermano Marie-Joseph, el señor Arnaudon levantó tal maquinación contra el pobre Hermano Xavier que faltó poco para aplastarlo. He aquí lo que dio ocasión.

En el retiro de 1846, el Hermano Xavier y el Hermano superior general conversaron largo y tendido sobre el asunto del señor Arnaudon. El pobre superior se lamentaba al ver cómo marchaban las cosas. El señor Arnaudon seguía adelante; quería ver todo, escuchar todo, llegaba hasta colocarse en paridad con los obispos; en fin, las cosas habían llegado a tal punto que su presencia era más nociva a la congregación, en ciertos aspectos, que la del señor Coindre.

Cuando tomó posesión de la capellanía de Paradis en 1839, se había convenido con el Hermano Xavier que se le darían, además del alojamiento y de la manutención, 400 francos en concepto de paga (es el precio que el señor Coindre tenía en Lyon en Saint-Charles). El Hermano Xavier tuvo la ocasión de encontrarse en Paradis al término de su primer trimestre y le pagó, diciéndole que no quería que dejase acumular<sup>41</sup>, porque después esto trastornaba demasiado a los Hermanos; hizo su recibo de 100 francos y prometió hacer lo mismo cada tres meses. Pero este buen señor no quiso cobrar otro trimestre, y una vez que se sintió dueño, dejó acumular todo, y cuando hubo que arreglar cuentas a su salida, le faltó poco para arruinar la casa, se subió su paga a 600 francos por año y después sumó a ello los intereses y los intereses de los intereses.

Volviendo [al gobierno de la congregación], visto que el señor obispo estaba completamente de la parte del señor Arnaudon, tuvimos una larga

41 Es a título de ecónomo general o de director de la sociedad civil de los Hermanos que el Hermano Xavier, que reside habitualmente en Lyon, es el encargado de abonar la paga de capellán de la casa de Paradis.

conversación para tratar de encontrar cuál debía ser nuestro proceder. Dijimos que, de ser autorizado el Instituto en Lyon, sería tan sólo cuestión de trasladar allí el domicilio del gobierno de la congregación. Determinado esto, el Hermano Xavier volvió a su puesto. No obstante, no se dio mucha prisa ya que se fue a ver al cardenal de Lyon; no habiéndolo encontrado habló a su sobrino, el señor De Serres<sup>42</sup>, de la casa de Paradis, de la conducta del señor Arnaudon, le encareció que hablara de ello a su tío y que escribiera al obispo de Le Puy rogándole cambiara al señor Arnaudon. No sé si lo hizo, pero poco tiempo después comenzó la famosa batalla.

El señor Arnaudon acusó al Hermano Xavier de querer armar un cisma y de querer poner al Hermano Marie-Joseph superior general de la congregación. El pobre Hermano Xavier cayó de las nubes al oír acusaciones semejantes, sobre todo al ver que le eran dirigidas por el Hermano superior; el señor Arnaudon se guardaba bien de escribir personalmente: se servía del pobre Hermano superior, había tomado tal influencia sobre él que le hacía hacer todo lo que quería. El Hermano Xavier protestó contra esta acusación. Escribió para que le dijese cuál era el fundamento de semejantes acusaciones; se le respondía con palabras vagas, diciendo que las tenían de buena fuente; al fin, el Hermano Xavier refutaba todas sus objeciones, desafiándoles a que presentaran una sola persona, una sola palabra, que hubiera podido ofrecer una simple duda sobre su persona; en una palabra, a pesar de todas las refutaciones que duraron cerca de seis meses, siguieron creyéndole. El Hermano Xavier no dijo una sola palabra al Hermano Marie-Joseph, ni a ninguna otra persona, porque todo el mundo estaba tranquilo, en su deber; trabajaban mucho y por esta razón se abstenía de molestarles.

Fue entonces cuando vio la necesidad de tomar las medidas oportunas para que el Instituto fuese autorizado en Lyon. Fue a ver al señor Vincent, rector, le expuso sus deseos, rogándole le ayudase en este asunto; el señor Vincent le prometió todo su apoyo, le aseguró asimismo que su asunto tendría éxito. El Hermano Xavier cursó su petición al gobierno para que el Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón, establecido en Lyon, fuera

42 El señor De Serres, según el *Annuaire statistique de Lyon...*, canónigo titular, vicario general, secretario particular de Su Eminencia.

autorizado en el departamento del Rhône<sup>43</sup>; esta petición fue apoyada por una carta del rector acompañada de los planos de la casa y de los estatutos. Pero en aquel momento, llegaron las vacaciones y el señor Arnaudon quiso dar un golpe de estado haciendo retirar de Lyon a los Hermanos Xavier y Marie-Joseph. Dos meses después, se escribió a Paradis que la petición de autorización de los Hermanos de Lyon era aceptada, que se esperaba solamente algunas informaciones sobre el número de casas que se tenía.

Todo el mundo conoce la continuación; la dejo para aquellos que escriben mejor que yo, porque yo tengo mucha dificultad en hacerme comprender.

---

43 Es en octubre de 1850 cuando el Hermano Xavier comienza gestiones en Lyon para hacer reconocer en el departamento del Rhône nuestra congregación, autorizada con anterioridad en Ardèche y en la Haute-Loire, ignorando las gestiones paralelas del Hermano Policarpo para todo el territorio de la República francesa. Se encontrará los diferentes documentos de este expediente en la *Positio* del Hermano Policarpo en las páginas 128-134.



## Breves notas biográficas de los Hermanos citados en el texto

**AMBROISE** – Jean-Claude Chassefert, nacido en 1794, toma el hábito en 1825 y hace su primera profesión en 1829.

**ANTOINE** – Louis Cusset, nacido en Vaise (Rhône) el 21 de abril de 1789, se junta a los pioneros en abril de 1822 y emite sus primeros votos en 1825. Antiguo jardinero, a su ingreso tiene ya 33 años; muere en Lyon el 31 de enero de 1826 después de una larga enfermedad.

**ANTOINE** – El nombre fue dado después a Pierre Rey; nació el 17 de mayo de 1811 en Sainte-Sigolène (Haute-Loire), ingresa en septiembre de 1825 y hace profesión con este nombre el 21 de septiembre de 1829. Sobrino del Hermano Barthélemy (cf. infra), abandona el Instituto en 1838, cuando era director de Craponne (Haute-Loire), conservando, a título personal, su puesto en la escuela cuando los demás Hermanos deben irse.

**AUGUSTIN** – François Rimoux pertenecía al grupo de Valbenoîte. Está entre los diez primeros Hermanos y hace oficialmente su profesión en 1824. Maestro de novicios en Monistrol, hablaba ya de retirarse viviendo el padre Coindre. Abandona el Instituto en 1836 durante las dificultades financieras que conoce la congregación. Se ignora su fecha y lugar de nacimiento ya que los registros personales no se constituyeron más que muy tarde y según elementos sueltos e incompletos.

**BARTHÉLEMY** – Oriundo de Sainte-Sigolène (Haute-Loire), Jean-Marie Rey entra en la congregación en mayo de 1822. Tras su profesión en octubre de 1824, lo encontramos como director-fundador del establecimiento de Le Monastier; bajo este título refrenda el prospecto que hace las veces de contrato con la municipalidad; este documento, con el visto bueno del prefecto de la Haute-Loire, se encuentra en los archivos municipales de Le Monastier y ha sido reproducido por el Hermano Jean Roure en la Cronología e iconografía..., pág. 138. El Hermano Barthélemy que había "estado casi siempre enfermo" muere en Vals en 1827.

**BENOÎT** – Se saben pocas cosas sobre Claude Putet, nacido en Saint-Clément sur Valsonne (Rhône). Ingresa en el Instituto en 1822, muere en Monistrol en abril de 1825, según parece, sin haber hecho los votos públicos, ocupando así el segundo lugar en el necrologio. Era agricultor antes de acceder a nuestras filas.

**BENOÎT** – Jean-Claude Mounier, nacido en Raucoules (Haute-Loire) en 1805, aparece primero en las cartas del padre Coindre en 1823 bajo el nombre de Hermano Claude, a continuación con el de Benoît después de la muerte de Claude Putet. Entra en comunidad en 1825, hace profesión en septiembre de 1826. Segundo asistente de 1827 a 1835, es a continuación prefecto de las cosas espirituales de 1835 a 1840, después consejero general de 1840 a 1848, año en el que, durante el retiro, muere en Paradis dejando fama de santidad. Había pasado toda su vida en Le Monastier y fue el primer Hermano enterrado en Paradis.

**BERNARD** – El Instituto ha conservado el recuerdo de este “arquitecto” de nuestras primeras casas y muy particularmente del episodio de la inauguración de Paradis donde quiso que entrase, antes que nadie, una estatua de la Santísima Virgen. Bernard Duprat, nacido el 29 de marzo de 1797 en Ugine (Savoie), entra en el Instituto en septiembre de 1822; hace profesión dos años más tarde. Se le encuentra metido en las obras de construcción de numerosos establecimientos: Pradelles, Montfaucon, Fontaines, Marvejols, Lyon, Broquiès... y con toda seguridad en las de Paradis. Ecónomo general dos veces, de 1824 a 1827 y de 1835 a 1840, muere en Lyon el 18 de septiembre de 1877.

**BONAVENTURE** – Nacido el 16 de mayo de 1803 en Saint-Martin-en-Haut (Rhône), Pierre Julien se incorpora al noviciado de Monistrol en octubre de 1822 y hace la profesión en septiembre de 1824. Muere en Paradis el 24 de marzo de 1880, después de haber ocupado diversos cargos entre ellos el de director-fundador de Fontaines de 1825 a 1829.

**BORGIA** – El Hermano Stanislas ha intentado hacer justicia con este pionero que el Hermano Xavier trata con muy poca condescendencia. Louis-Victor Guillet, nacido el 16 de julio de 1871 en Bouthéon (Loire), pertenecía al grupo de Valbenoîte. Cuenta con cuarenta años de edad en el momento de la fundación, había estado casado y, después de la

muerte de su mujer, coloca a su hija en un convento. Nombrado por el padre Coindre director del Pieux-Secours, es elegido director general de los Hermanos. Abandona el Instituto en 1836 para entrar en otra comunidad en la que espera un empleo más fácil y más posibilidades de ascenso.

**CHARLES** – Claude Poing, nacido en Montmerle (Ain) el 5 de marzo de 1800, entra en el noviciado de Lyon en marzo de 1824, hace profesión al año siguiente. Muere en Paradis el 12 de enero de 1882 después de haber ocupado diversos puestos como auxiliar, particularmente en Lyon donde se ocupó, en dos ocasiones, de distintos oficios.

**FRANÇOIS** – Claude Mélinond es maestro cuando se encuentra con el padre Coindre con ocasión de una "misión" en Belleville. Originario de Vauxrenard (Rhône) donde nació el 1 de marzo de 1799, figura entre los pioneros de 1821. Portero en Lyon durante algunos años, es director-fundador de Saint-Chély d'Apcher (Lozère) en 1837. Muere en Paradis el 27 de diciembre de 1852.

**GONZAGUE** – Uno de los cinco hermanos Bergognon de Saint-Romain Lachalm (Haute-Loire) que entraron en el Instituto, Jean, tras su ingreso hacia 1823, permaneció poco tiempo en el Instituto.

**IGNACE** – El nombre de Hermano Ignace queda ligado a la experiencia de Valbenoîte. Miembro del grupo reunido por el cura párroco, señor Rochon, Antoine Dufour es uno de los diez miembros fundadores de Fourvière en 1821. Nombrado director del establecimiento de Valbenoîte, abandona el Instituto con sus cuatro inferiores, cuyos nombres son desconocidos, a finales de 1821 o al comienzos de 1822. Por esta razón, no se tienen noticias de su estado civil. Se le ha confundido, a veces, sin razón, con su homónimo François Niel, que entra en la congregación en 1823 y que sale de ella en 1825, después de su profesión.

**IRÉNÉE** – Georges Noël está poco tiempo en la congregación. Profeso en 1824, se encuentra en Monistrol en 1825.

**JEAN-BAPTISTE** – Se ignora hasta la identidad de este Hermano que no debe ser confundido con Jean-Baptiste Debord que toma el hábito en 1827.

Se habla a menudo de él en las cartas del padre Coindre entre 1823 y 1826; parece ser que abandonó la congregación poco después de la muerte del fundador.

**JOSEPH** – Jean-Mathieu Bergognon, de Saint-Romain Lachalm (Haute-Loire), entra en el Instituto en agosto de 1824, hace profesión en septiembre de 1826 y muere en Vals en 1831.

**LOUIS** – Jean-Louis Bressan, el “pequeño Hermano Louis” admitido en 1822, hizo la profesión dos años más tarde. Su vocación vacilante le vale, en febrero de 1826, la famosa carta del padre Coindre destinada a reafirmarle en sus compromisos cuando era director de Pradelles. En el capítulo de julio de 1826, es nombrado como inspector diocesano, conservando siempre su puesto de Pradelles. A veces llamado Hermano Symphorien o Saint-Symphorien, abandona el Instituto en 1832, conservando a título personal el puesto de director de la escuela de Montfaucon (Haute-Loire).

**MARIE-JOSEPH** – Joseph Vaissier, nacido en 1810 en Saint-Laurent d’Olt (Aveyron), entra en comunidad en 1832. Ecónomo general en 1840, llegó a ser primer asistente del Hermano Policarpo en 1841, después secretario general a partir de 1846. Tomó parte en diez capítulos generales. Muere en Chambéry en el año 1884.

**MARTIN** – Jean-Louis Martin, nacido el 24 de agosto de 1800 en Saint-Symphorien (Loire), es sastre cuando entra en el Instituto en 1825. Profesó el 15 de septiembre de 1826, se encuentra sucesivamente en Murat, en Chambost como director, después en Larajasse y Saint-Alban. Muere en Paradis el 28 de agosto de 1865.

**MAURICE** – Vital Fournier, antiguo militar, llega a la congregación en 1823 y es admitido a la primera profesión el 28 de agosto de 1825. Nacido el 21 de septiembre de 1795 en Saint-Maurice-en-Gourgeois (Loire), muere en Paradis el 25 de julio de 1859.

**MICHEL** – Pierre Boudarel ha dejado muy pocas huellas en nuestros archivos. Aparece como novicio en 1824 y uno se pregunta si hay que identificarlo con el Hermano Michel que se apodera de L’Argentière (Ardèche) abandonando el Instituto en 1836.

- PAUL** – François Porchet (1803-1823), del grupo fundador, su breve carrera tiene lugar en el Pieux-Secours; entra en la congregación en diciembre de 1820, muere el 20 de marzo de 1823. Es el primer Hermano difunto del Instituto.
- POLICARPO** – El Hermano Policarpo, de pila Jean Hippolyte Gondre (1800-1859), no conoció al padre André Coindre ya que entró en la congregación en 1827, es decir algunos meses después de la muerte del fundador. Según toda probabilidad, no conocía tampoco al Hermano Xavier antes de su entrada, aún cuando La Rochette se encuentre nada más que a unos doce kilómetros, es decir a poca distancia de La Motte-en-Champsaur. El registro matrícula nº 1 precisa que es por mediación del Hermano Cyprien (Victor Motte), un Hermano coadjutor que no perseveró, que el Hermano Policarpo entró en contacto con nuestro Instituto.
- RÉGIS** – Ferdinand-Marie Knoll, nacido en 1807 en Dôle (Jura), entra en diciembre de 1823 cuando era aprendiz de zapatero. Muere en Lyon en septiembre de 1826 después de dos años de vida religiosa.
- RÉGIS** – Jean-Pierre Rouchon, nacido en 1812 en Saint-Pal de Mons (Haute-Loire), había entrado en la congregación de los Hermanos de Viviers. Según consta en nuestros archivos, murió en su familia, en Saint-Pal de Mons, el 28 de abril de 1836, lo que a primera vista, parece una contradicción con lo que dice el Hermano Xavier: "Fue también a Le Puy donde murió con el nombre de Hermano Régis". En efecto, el cronista se preocupa más de subrayar la perseverancia del Hermano Régis en su nueva comunidad que precisar con exactitud el lugar de su muerte.
- VICTOR** – Por lo que se ve, no poseemos otra información sobre este Hermano que la mención que aparece en las Memorias del Hermano Xavier. Se podría tratar de Victor Motte, "protector" del Hermano Policarpo, oriundo de L'Auberie (Hautes-Alpes), una aldea vecina a La Motte-en-Champsaur. Toma el nombre de Hermano Cyprien en la toma de hábito en 1827, hace la profesión en 1829.

## Fuentes: Archivos generales, Roma

Carpeta André Coindre:

Cartas (originales y copias),  
Hermanos Maristas (fusión),  
Monistrol: Colegio y noviciado,  
Padres del Sagrado Corazón (estatutos),  
Valbenoîte,  
Vida del padre André Coindre, preparación de  
una segunda edición, manuscrito, 198 páginas.

Carpeta François Coindre:

Autorizaciones oficiales 1829,  
Clérigos de San Viator (fusión),  
Factum contra François Coindre,  
Cartas (originales y copias),  
Sociedad civil (estatutos),  
Viviers (Hermanos).

Carpeta Hermano Policarpo:

Autorización Lyon 1850-1851.

Carpeta Orígenes del Instituto:

Hermano Xavier (relato),  
Hermano Bernardin (relato).

Carpeta Establecimientos Francia:

Lyon,  
Paradis,  
Saint-Martin-en-Haut.

Registro, capítulos generales.

Actas del consejo general de los Hermanos.

Registro del personal nº 1.

Fichero del personal.

## Bibliografía

(F. Albéric), «Le frère Xavier 1801-1861, premier frère du Sacré-Cœur», *Annuaire de l'institut des Frères du Sacré-Cœur*, Rentería, 1911.

*Almanach historique et agricole du département de la Haute-Loire*, Le Puy, 1850 et suivants.

*Annales de l'institut des Frères du Sacré-Cœur*, Rentería, Paradis, Rome, 1907 et suivants, 88 volumes.

*Annuaire statistique de Lyon et du département du Rhône*, Lyon, 1711 et suivants

*Bulletin historique du diocèse de Lyon*, 1900-1932.

(FF. Daniel et Eugène), *Vie du père André Coindre*, Lyon, Le Puy, 1888.

J. Coste et G. Lessard, *Origines Maristes 1786-1836*, 4 vol., Rome, 1960-1967.

J. Gadille (sous la direction de), *Lyon*, Coll. «Histoire des diocèses de France», Paris, 1983.

F. Jean-Baptiste, *Vie de M.J.B. Champagnat*, réédition dite du bicentenaire, Rome, 1989 (édition originale, 1856).

*Lettres du père André Coindre*, Annuaire des Frères du Sacré-Cœur, Rome, 1957, pp. 11 et suivantes; tiré à part de 72 p., idem

*André Coindre, Cuaderno de trabajo nº 1*, Roma, 1981.

*El Padre Coindre, Cuaderno de trabajo nº 5*, Roma, 1986.

X. de Montclos (sous la direction de), *Lyon, Le Lyonnais-Le-Beaujolais*, Dictionnaire du monde religieux dans la France contemporaine, Paris, 1995.

*Nécrologe de l'institut [des Frères du Sacré-Cœur] 1821-1961*, Rome, 1962.

F. Polycarpe, *Positio super virtutibus...*, Rome, 1968.

*Pieux-Secours, Établissement de bienfaisance pour jeunes garçons, Lyon, 1823.*

H. Jean Roure, *Padre Andrés Coindre 1787-1826, Misionero y fundador, Cronología e iconografía, Roma, 1987.*

F. René Sanctorum, *Une grande figure de l'Église de Lyon, André Coindre (1787-1826), Missionnaire et fondateur, Rome, 1987.*

H. Stanislas, *Corazonistas, Los Hermanos del Sagrado Corazón, historia del Instituto 1821-1961, Zaragoza, 1961.*

H. Stanislas, *Superiores generales 1821-1859, Zaragoza, 1972.*

*Table des matières des 68 premiers volumes de l'Annuaire des Frères du Sacré-Cœur, 1906-1974, Rome, 1975*

Claudine Thévenet, *Positio super virtutibus...*, Rome, 1967.

Pierre Zind, *Les nouvelles congrégations de frères enseignants en France de 1800 à 1830, Lyon, 1969.*



*Durante este año, señalado con el hito del 150º aniversario de la muerte del hermano Javier, les invito a leer y releer las Memorias del Hermano Javier; en ellas descubrirán los dones que recibió del Señor. Y al mismo tiempo, ojalá detecten dones semejantes en nuestros antepasados y en nuestros hermanos y colaboradores actuales. (Hermano José Ignacio Carmona, superior general)*



*Entre las brumas de sus comienzos vacilantes, nuestro Instituto encontró su camino gracias al tesón de hombres de gran fe: Coindre, Xavier, Policarpo. En los este año que conmemora el 150º aniversario de la muerte del Hermano Javier, esta publicación quiere rendir homenaje a nuestro primer hermano.*

